Luz Marina Suaza Vargas y Pilar Vargas Arana EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL...





EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL...

Luz Marina Suaza Vargas y Pilar Vargas Arana

Editorial Digital Feminista Victoria Sau

Barcelona 2021

Autora: Luz Marina Suaza Vargas y Pilar Vargas Arana

Título: En Septiembre llegó Marvel...

Diseño gráfico: Rosa Marín **Maquetación:** Gemma Sales

Ilustraciones: Gloria Rendón Cuartas Correctora de estilo: Miriam Cotes

Imagen portada: Ilustrada por Gloria Rendón Cuartas Producción general del proyecto: Pilar Vargas Arana

Usted es libre de

Copiar, distribuir i comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

• RECONOCIMIENTO (attribution):

En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia será necesario reconocer la autoría.

- NO COMERCIAL (non commercial):
- La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- SIN OBRAS DERIVADAS (non derivate works):
- La autorización por explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.
- Compartir bajo la misma licencia:

Si transforma o modifica esta obra para crear una obra derivada, sólo puede distribuir la obra resultante bajo la misma licencia, una similar o compatible.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene permiso del titular de los derechos de autora.
- En esta licencia nada se menoscaba o restringe de los derechos morales de la autora. Los derechos derivados de usos legítimos o otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por la anterior.

LUZ MARINA SUAZA VARGAS Y PILAR VARGAS ARANA EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL...





Luz Marina Suaza Vargas antropóloga, magister en historia de la pedagogía y profesora en distintas universidades del país. Es autora y coautora de diferentes libros y ensayos académicos e investigativos que giran en torno a la diversi-

dad cultural de Colombia y a la pedagogía. Así mismo, ha incursionado en las problemáticas del género y la literatura, y ha publicado libros sobre literatura infantil, libros de poemas y cuentos. Son de resaltar las publicaciones en coautoria con Pilar Vargas, sobre la presencia árabe en Colombia y el trabajo sobre la novela de Marvel Moreno llamado En septiembre llegó Marvel.



Pilar Vargas Arana educadora de la Universidad Javeriana, con maestría en educación de la Universidad de Stanford y doctorado en Historia de la Universidad de Cádiz. Ha sido docente e investigadora en las universidades Javeria-

na y Externado de Colombia, y autora de diferentes artículos y libros sobre ciencias sociales como Pequeño equipaje, grandes ilusiones. La migración árabe a Colombia (2011) y del capítulo "Colombian Fragile Relations with the Middle East: Vested Interests, 2000–2014" en el libro Latin American foreign policies towards the Middle East. Actor, Contexts, and Trends (2015). Coautora de Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales (1998) y con Luz Marina Suaza, de Los árabes en Colombia, del rechazo a la integración (2007), Las mujeres árabes en Colombia (2011), del sitio web El baúl de Amal Abisambra y En septiembre llegó Marvel, sobre la escritora colombiana Marvel Moreno

Agradecimientos

Carla y Camila Mendoza.

Plinio Apuleyo Mendoza.

Fabio Rodrìguez.

Annabelle Vergara B.

Nor ma de Falquez.

Mariela McCausland de Brown.

Margarita Angulo por su generosidad con las entrevistas y las fotografías.

Miguel Falquez-Certain.

Marco Tepedino.

Roberto Abello por cedernos sus fotografías.

Adlai Stevenson y Lucas Sánchez por su apoyo con el tema fotográfico.

Índice

Introducción	
Uno	
Dos	10
Barranquilla cincuentera	1
Familia mítica	19
Mujeres de aquí y de allá	2
Animales en mi vida	3
El amor y sus placeres	39
Berenice no solo limpia	4
Hombres de estas tierras	
Ser ser humano	6
Casarse y morir un poco	6
Ese que no soy yo	7
El poder del cielo y el poder de la tierra	
Madres y padres en su salsa	8
Retratos	
Marvel en mi memoria	8
Barranquilla tan lejos y tan cerca	90
Y ella me dijo, "yo me llevo los libros de Virginia Woolf"	9
París	
Así era Marvel	
Su música	
Marvel en el cine	10′

Introducción

Uno

Este trabajo es un tributo a la novela de Marvel Moreno En diciembre llegaban las brisas. No es un ejercicio de crítica literaria, ni tampoco un análisis del discurso. Simplemente, desde la primera vez que leímos esta maravillosa novela nos dejamos llevar por la magia de sus palabras, la profundidad de sus imágenes, la complejidad en la construcción de sus personajes, las desgarradoras historias cotidianas de Barranquilla...

Comenzamos por relacionar párrafos, por juntar historias, y poco a poco nos fueron surgiendo unos temas que están muy presentes en su obra: las mujeres, los hombres, Barranquilla, el amor y el sexo, la condición humana, las empleadas domésticas, el otro, los animales. Y decidimos, entonces, mostrar sus textos pero ordenados de otra manera.

También entrevistamos a personas que la conocieron, sus familiares, sus amigas de infancia y adolescencia, sus compañeros de la vida, intentando ponerle pies al mito que construimos sobre ella, y llegamos a la conclusión de que incluso fue más que un mito, fue y sigue siendo una maga que cobra vida a través de los personajes de su novela y conmueve con las historias de su vida, porque ella nació un sábado, murió un lunes y su vida no fue precisamente como un domingo de gloria.

Ahora bien, tanto la recopilación de los textos como las entrevistas, que nombramos Retratos, están acompañadas de las interpretaciones pictóricas de la artista Gloria Rendón. Ella aclaró que no son ilustraciones. Sencilla-

mente, sus ojos leyeron la novela y sus manos y su corazón comenzaron a pintar toda esa riqueza que con sus palabras le regaló Marvel Moreno.

Este libro se puede leer de atrás para adelante o de adelante para atrás porque no hay comienzo ni final. Se puede leer de a poco o, en medio de una pasión literaria, agotarlo todo, con la certidumbre de que nunca quedaremos satisfechos y entonces empezaremos de nuevo.

Los textos en su totalidad fueron tomados de la edición en español de la editorial Alfaguara, de enero de 2015. Es evidente que los editores se demoraron demasiado para publicar esta obra. Ningún motivo es válido para tal demora, para tal olvido. No hay excusas ni justificaciones.

Dos

El 23 de septiembre de 1939 el mundo estaba convulsionado. Hitler tenía un millón y medio de hombres en el frente occidental y 23 días antes había invadido a Polonia. Seis meses más tarde, las tropas alemanas comenzaban su invasión a Francia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y Hitler rebosante de orgullo ario le declaraba la guerra al comunismo. Un año después, los Estados Unidos entrarían en este sangriento baile.

El Heraldo, periódico barranquillero, no pudo sustraerse a la contienda mundial y en su primera página avisaba de la propagación de la ideología comunista en nuevas zonas, mientras Turquía y Rusia firmaban un pacto de ayuda mutua y un sicoanalista, cuyo nombre no recuerdo, intentaba entender el fenómeno del antisemitismo desde el punto de vista freudiano. Paralelamente, un movimiento nazi subterráneo veía la luz en Barranquilla alimentado por los seguidores de Laureano Gómez. Por lo demás, pareciera que no hubiera pasado el tiempo: los liberales y conservadores mantenían su rutina de enfrentamientos y la lotería de Manizales se esforzaba en vender ilusiones.

En esos mismos tiempos ya habían nacido o estaban ad portas de hacerlo, poetizas como Meira del Mar, María Mercedes Carranza, Maruja Vieira y escritoras como Silvia Galvis, Helena Araujo o Elisa Mujica, entre otras muchas. Las puertas se estaban abriendo y no sería fácil cerrarlas de nuevo.

El sábado 23 de septiembre en la calle 74 con carrera 50, barrio El Prado de la ciudad de Barranquilla, no sabemos si llovía o si hacía sol. Era simplemente un sábado de septiembre y ocurrió el hecho tan repetido y tan natural del nacimiento de una nueva vida. Sin embargo, aquella que llegó no era cualquier niña costeña. Era Marvel Luz Moreno Abello, mezcla de un pasado aristócrata semiglorioso, mestizada con judíos holandeses e indios caribes¹ y una que otra gota de sangre de negra.

No sabemos qué pensaba o mejor qué sentía esta niña mientras entrenaba sus ojos y sus manos y movía sus piernas. ¿Estaría analizando a su madre con esa misma profundidad y detenimiento con el que más adelante describiría a sus personajes? ¿Tendría conciencia de ser esa que era igual pero muy diferente a sus amigas barranquilleras?

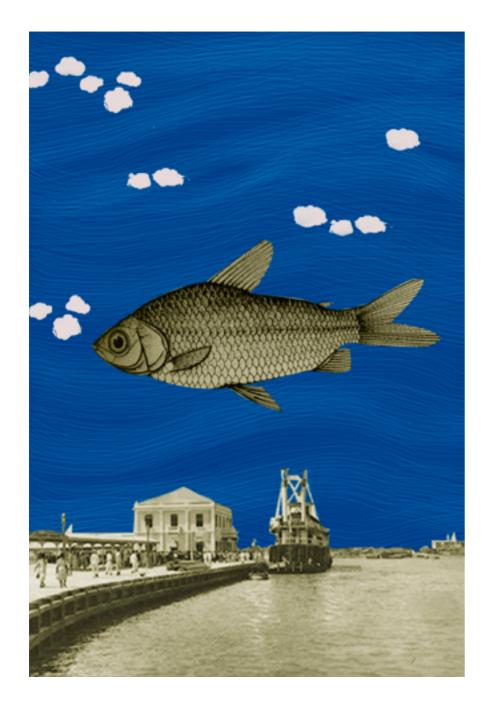
Se habla mucho de su belleza, de la brillantez de sus ojos, de su alegría de chica barranquillera, de que tenía algo guardado que la torturaba o que la impulsaba, que si se hubiera quedado en Barranquilla no habría podido convertir esta ciudad en un personaje de su obra. Nunca lo sabremos. Ocurrió lo que ocurrió y ella abandonó muy rápido este planeta tierra. Se fue el 5 de junio de 1995 cuando solo tenía 56 terrenales años y no sabemos cuántos siderales.

Rompió muchos esquemas. Fue bella e inteligente, reina del carnaval y escritora maestra, en un mundo donde las mujeres bellas deben ser tontas y las escritoras deben ser feas. Y ni tonta ni fea.

Marvel Moreno, regalo para el mundo, estrella que alumbra a los que quieren verla.

10

¹ Fabio Rodríguez, Jacques Gilard. "Notas para una biografía." En: La obra de Marvel Moreno. Actas del coloquio internacional Toulouse, 3-5 abril de 1997. Pag. 255-258.



1

Barranquilla cincuentera

Barranquilla se encuentra o muy abajo o muy arriba. Es como un inmenso caimán que está al lado de un río que no sabe si es mar.

Marvel la pone en la mesa de cirugía, le abre las entrañas, le mira su sexo hermafrodita, le interviene el hígado lleno de bilis, de cálculos producidos por el alto consumo de secretos por todo el mundo conocidos.

Territorio convertido en algo inmaterial, atmósfera sofocante, miradas desde los visillos de las ventanas, sanción social, desenfreno, fanatismos religiosos, ideales de clases sociales puras coexistiendo al lado de realidades de mestizajes y arribismos sociales donde el dinero puede comprarlo todo.

La ciudad es el gran personaje lleno de cavernas del que emergen hombres y mujeres unidos por una red que pareciera construida por una araña loca que va por aquí y enreda por allá; una araña que pierde el uso de su razón y, buscando el norte, llega al sur, que atrapa seres humanos y los lleva a su antojo como marionetas.

Barranquilla es cosmopolita y provinciana a la vez. Recibe gentes de todo el mundo y despide gentes para el mundo entero. Por eso la llaman la Puerta de Oro de Colombia, y en lo más profundo de sí se encuentran la música, el baile, el sexo, el carnaval, la moralina y el ardiente chismorreo.

Los años han pasado y no he vuelto a Barranquilla, aquel lugar donde nuestras abuelas llegaron trayendo a lomo de mula, en un hervidero de polvo, sus muebles y añoranzas de las ciudades más antiguas del litoral caribe: entonces Barranquilla sólo era un ardiente caserío sin historia, salvo la muy triste de haber agravado las dolencias de Bolívar cuando iba al encuentro de su muerte (P.446).

A veces, en la noche, creo oír el paso fatigado de las mulas que cargaron sus enseres y pienso en el mundo que las abuelas dejaron atrás con patios florecidos de enredaderas y alcobas donde se desteñían daguerrotipos. Ellas traían recuerdos, montones de recuerdos. Nosotras las oíamos hablar de aquel mundo que fue el suyo sin pensar que el nuestro, ligero y fácil, girando siempre en torno a la piscina de un club y a los bailes de carnaval, entraría también en la nostalgia de la memoria. (P. 443).

Muchas cosas han cambiado al parecer en la ciudad que dejé para siempre después de la muerte de mi abuela. Muchas cosas. Nuestras casas desaparecieron por la misma época en que llegaron a Barranquilla, en camiones de vidrios azules, los marimberos, hombres del desierto de La Guajira, enriquecidos con el tráfico de la marihuana y de la cocaína, que levantarían palacetes de mármol y en nombre de viejas vendettas tribales se dispararían tiros en las calles, antes de ser absorbidos también por la ciudad como muchos años atrás lo fueron inmigrantes, buhoneros y prófugos de Cayena.

A París llegarían con el tiempo los hijos de esos marimberos, ricos, jóvenes, hermosos, hablando un inglés purificado en Harvard y llevando en las fiestas de gala del verano esmóquines blancos y una rosa roja en la solapa, con la misma soltura que sus padres se movían por los arenales, una pistola ametralladora bajo el brazo. Los acompañaban las nuevas muchachas de Barranquilla, ya liberadas y un poco indulgentes al referirse a mí porque sabían vagamente que alguna vez escribí un libro denunciando la opresión que sufrían sus madres. Ellas ignoraban la sumisión: no se maquillaban y en sus polveras había casi siempre unos gramos de cocaína, y hacían el amor con desenvoltura para tormento de sus amantes que se sentían como cerezas tomadas con distracción de un plato. Quizá sólo yo comprendía que ese frenético consumo de hombres elegidos y devorados sin ternura ni compasión, era simplemente la venganza que una generación de mujeres ejercía, sin saberlo, en nombre de muchas otras. Las jovencitas carnívoras pasaron, pues, por París y se fueron y volvieron a Barranquilla. Con los años descubrirían el miedo a la soledad: entonces aceptarían vivir junto a un solo hombre. (P. 445).

Nada dejaba prever tal desenlace cuando Divina Arriaga llegó por primera vez a Barranquilla a fin de ocuparse de su herencia, y los hombres y mujeres que habían servido a su padre en la más abyecta adulación se habían precipitado a sus pies pasmándose de sus joyas fabulosas, de sus atuendos magníficos y de aquel desparpajo con el cual expresaba sus ideas que reventaban como totes en el ignorante puritanismo de la ciudad. De semejante admiración Divina Arriaga había sido la más sorprendida, pero como discípula de antropóloga se puso a estudiar las costumbres de los indígenas locales no sin curiosidad descubriendo en un santiamén que aquella pequeña burguesía racista, suficiente y prodigiosamente inculta dormitaba en un pantano de frustraciones cuyas burbujas subían a la superficie en forma de maledicencia entre las mujeres —cuando sentadas frente a una mesa de canasta digerían trabajosamente las comilonas del almuerzo en el cual cada arepa, cada nueva ración de arroz con carne mitigaba el oprobio de noches malogradas— y de obscena vulgaridad en cuanto a los hombres que se disputaban los mezquinos privilegios de una ciudad de provincia y buscaban ruidosamente su recompensa en lupanares frecuentados por muchachas al lado de las cuales las prostitutas de Saint-Denis parecían princesas. (P. 171).

(...) Los invitados, hasta entonces honestos novios, padres o madres de familia sofocados en una maraña de represiones, dieron rienda suelta a sus deseos con el furor que acompaña toda violación de lo prohibido, y con la porfía también, la oscura, imprecisa, no formulada intención de alejar o mantener en vilo las consecuencias de un acto repitiéndolo hasta escandalizar a tía Eloísa, quién a pesar de haber visto más de cuatro cosas en la vida había quedado estupefacta de tal desenfreno. (P. 173).

Así a lo largo de cinco meses, los escándalos se sucedieron mientras la ciudad fingía ignorarlos, en parte porque al menos un miembro de cada familia asistía a las fiestas de Divina Arriaga o dependía de su voluntad para vivir, y luego, porque el insolente despliegue de su fortuna infundía un respeto casi sagrado que acallaba las murmuraciones o las volvía inaudibles. Pero la gente sabía: eran muchos los que tomaban el tren de Puerto Colombia al final de la semana y descendían en la polvorienta estación sin saber muy bien a dónde dirigirse, buscando en vano una habitación en el único balneario del pueblo –ocupado por veraneantes previsivos que de repente habían descubierto los benéficos resultados de una cura marina–. Personas de estirpe, pero cuya modesta condición les vedaba el acceso a Divina Arriaga, acudían sigilosamente a los jardines de su casa apenas caía la tarde y agazapadas detrás de las palmeras y arbustos atisbaban a los invitados que reían y bailaban al son de tríos, orquestas y conjuntos cubanos... (P.175).

Nada, sino aquella ciudad polvorienta donde el recogimiento resultaba imposible y la reflexión ineficaz, bajo un sol creado para herir los ojos del hombre que aparecía de repente en el negro de la noche y cruzaba despiadadamente el cielo hasta otra noche con lentitud fatal. La vida artística de Barranquilla, reducida a su ilusoria academia de música, sus hirvientes teatros convertidos por entonces en salones de cine y sus poetas hambrientos celebrando el progreso industrial o escribiendo sainetes para halagar la vanidad de los señores locales, era mucho más consternante que una parodia: era el balbuceo nostálgico de una cultura olvidada, el desarticulado recuerdo de un pasado perdido, los gestos mecánicos de un ritual cuyo significado se había extraviado ya en los meandros de la memoria. (P. 183).

(...) Al tomar el barco que la traía definitivamente a la ciudad con Catalina, su sirvienta y su última pareja de galgos blancos, divina Arriaga embarcó muchas cosas, libros, muebles, vajillas, porcelanas, pero sobre todo, a la manera de Drácula, su propio féretro, y dentro de él, ella misma, porque Barranquilla se le había antojado siempre un enorme cementerio, un lugar de desolación y ruina. (P. 186).

(...) A pesar de su ceguera racista, la alta sociedad de Barranquilla se componía de dos grupos de personas, los verdaderos señores, descendientes, en efecto, de hidalgos españoles que se instalaron en la región durante la época de la Colonia, para quienes un acto gratuito de crueldad era prueba de cobardía inadmisible, y los otros, los que habían ido subiendo en la escala social a fuerza de arribismo y perseverancia, pero considerados siempre por los primeros como individuos de poca clase cuyo trato debía evitarse en la medida de lo posible reduciéndolo a formalidades mundanas. Ahora bien, Gustavo Freisen podía elegir: entrar en el buen campo y ser objeto de una protección eficaz y silenciosa que se traducía en noticias dadas a tiempo, proyectos gubernamentales conocidos de antemano, invitaciones a fiestas de las cuales los periódicos nunca hablaban; eso, o quedar asimilado a los nuevos ricos que, no obstante ser socios del Country Club o agitarse en los periodos electorales en busca de nombramientos que les daban la ilusión de ejercer el poder, estaban excluidos de aquella secreta sociedad de señores donde el verdadero poder se ocultaba y a la cual él y su primo no pertenecerían jamás del todo por ser extranjeros, pero bajo cuya ala podían perfectamente prosperar. (P. 358).

José Vicente Suárez se vio obligado a instalarse en Barranquilla abandonando parientes y una avanzada carrera política por una mujer cuyos ojos azules relampagueaban de desprecio por él, su familia y sus prerrogativas de hijo de gamonal, para abrirse paso en una ciudad donde siempre sería considerado un pueblerino, un abogado de segundo orden a quien toda ascensión le sería imposible, dada su falta de relaciones y el color de su piel. (P. 80).

Porque Odile Kerouan había descubierto que a partir de un cierto nivel social, y siempre y cuando las esposas pusieran en sordina ciertas exigencias o fingieran ponerlas, el patriarcado se volvía en aquella ciudad una pantomima; a los hombres se les dejaba la ilusión de conservar el poder: se consentían sus caprichos y nunca se discutían sus opiniones. Pero entre la madre y los hijos había una infinita red de complicidades de las cuales el padre estaba excluido. (P. 370).



Familia mítica

La bisabuela Adela Portal y Saavedra, la abuela Jimena, las tías Irene y Eloísa y su sobrina Lina Insignares, son las que narran, muellemente sentadas en unas mecedoras tan fantasmales como ellas, los dramas que viven las terrenales mujeres barranquilleras.

A veces se dignan a viajar en barco a París, a aposentarse en Barranquilla, caminar por las playas de Puerto Colombia, bailar en el Country Club, invadir las grandes mansiones del barrio El Prado y observar los lechos que no albergan amor sino violencia. Se detienen en las cocinas donde se cuecen pescados y se alimentan tragedias. Llegan en silencio, miran por las rendijas, anidan debajo de las camas y guardan cada detalle para luego en su espacio, por fuera del tiempo, contrastar esto con aquello, el comienzo con el final, las pasiones de la rubia con el deseo de la negra, el regreso de las abuelas en los cuerpos de las nietas. No son muy esperanzadoras las conclusiones a las que llegan.

Ellas son las mujeres míticas que existieron mucho antes de que Adán fuera creado por un dios hombre que le dio vida a un poco de barro humedecido.

Viendo a su abuela sentada frente a ella, pequeñita, frágil como una niña de siete años, con los blancos cabellos peinados hacia atrás y recogidos en un discreto moño sobre la nuca, tenía la impresión de oír hablar a una Casandra milenaria, no excitada ni histérica, ni siquiera realmente Casandra puesto que no se lamentaba de su suerte ni de la de los demás, pero cuyas predicciones debían cumplirse inexorablemente. Alguien que llevaba el pasado guardado en su memoria, y de él, de su asimilación y comprensión, deducía el presente y hasta el futuro con una imprecisa tristeza, como una diosa bondadosa, pero ajena a la creación, y en consecuencia, incapaz de detener el error y el sufrimiento de los hombres. (P. 20).



Todo estaba permitido, incluso la sexualidad. Ni Engels, ni Freud, ni Reich habían sido concebidos en la mente del altísimo cuando doña Adela Portal y Saavedra, genitora de la familia cuyo recuerdo se veneraba, llegó a Cartagena de Indias para dirigir la plantación de su tercer marido, un almirante de la flota española fallecido en altamar, acompañada de su hija y de su nieta y con la firme convicción de que solo un desatino en el orden natural de las cosas podía explicar el predominio de los hombres y la necia costumbre de debilitar a las mujeres imponiéndoles desde niñas la castidad. Cómo señora tan distinguida había elaborado semejantes ideas nunca llegó a saberse, pero a partir de entonces siempre hubo alguien que removiera las subversivas brasas del feminismo en cada generación, y cuando la antorcha pasó a manos de tía Eloísa ya el pensamiento liberal había hecho su camino y la genial intuición de doña Adela Portal y Saavedra, su asociación de la represión sexual al ejercicio del poder, podía pensarse en términos sencillos y combatirse en el propio terreno de la ideología masculina. Ella, a quien sus amores y negocios llevaban con frecuencia a Europa, había seguido paso a paso los balbuceos de la teoría psicoanalítica, su espanto al descubrir la importancia de la sexualidad y lo que podría llamarse su lamentable capitulación, es decir, de qué manera, por ignorancia, cobardía o mala fe, se había abstenido de sacar las conclusiones lógicas de su discurso perdiéndose en especulaciones destinadas a apaciguar el escándalo y preservar el orden establecido. Aquel inevitable desenlace no iba a impresionar ni mucho menos a tía Eloísa: no creía que el placer del amor se opusiese al esfuerzo del trabajo, rechazaba sin miramientos el modelo de la civilización patriarcal y si Freud afirmaba que la represión sexual era su corolario, ella estaba en condiciones de demostrar que curiosamente el freno en cuestión se había aplicado siempre a las mujeres, nunca a los hombres, si acaso por añadidura. (P. 232).

Para empezar, le contaban a Lina, no había nacido como todo el mundo, sino a los cinco meses de su concepción, saliendo del vientre de su madre sin producirle dolor alguno, como una muñequita ya formada, pero tan diminuta que cabía ampliamente en la cuenca de la mano. Por fortuna, su madre había tenido la genial idea de envolverla entre algodones y mantenerla bajo su seno –a fin de permitirle escuchar los latidos del corazón– utilizando una especie de bandolera que llevaría sobre el pecho durante cuatro meses. Varias cabras, traídas apresuradamente al patio de la casa, eran ordeñadas de tal modo que el bebé recibiera de día y de noche una gota de leche cada hora. Y para que la madre pudiera dormir, las hermanas mayores se turnaban en la delicada operación de abrir su blusa, buscar a la minúscula tía Eloísa y hacerle beber aquella gota de la cual dependía su vida. Lina le oía referir

20

a su abuela cómo, a veces había advertido aterrada que el bebecito, incapaz aún de chupar, la observaba con sus ojos grises muy abiertos desde el fondo de su nido de algodones; no lloraba, decía, ni emitía ningún sonido, sólo se limitaba a mirar intensamente a su alrededor cada vez que la alimentaban. (P. 259).

Así habrían podido seguir las cosas de no haber llegado un día a la casa una lejana parienta de Mompós, acompañada de su hijo de quince años, bello y tímido, a quien los malos consejos de un cura le habían metido en la cabeza la idea de hacerse sacerdote. Era domingo y todas se hallaban reunidas en la terraza del patio: las mayores, el muchacho sin atreverse a alzar los ojos del suelo, Tía Eloísa muy linda, con sus bucles dorados y su amplio vestido de organdí, contemplándolo golosamente desde su mecedora de mimbre como un cachorrito atisbaría un plato de leche: cuando la parienta terminó de contar sus pesares, y en medio de los condolidos murmullos de aquella asamblea de mujeres reunidas a fin de sostenerse en la adversidad, se oyó de pronto la voz de tía Eloísa diciendo "que desperdicio". El estupor inmovilizó al instante mecedoras, agujas y las manos que se extendían para tomar de una mesa vasos de jugos o dulces de ajonjolí: de modo que la consentida, la que se hacía mimar en cada casa recibiendo caricias y regalos, siempre sentada sobre las piernas de alguna tía, siempre obteniendo las mejores golosinas a causa de su mudez, hablaba. Y no sólo hablaba con una vocecita burlona y decidida, sino que además, resumía en dos palabras los sentimientos compartidos por las mujeres allí presentes, lo que permitía suponer una precocidad harto avanzada. (P. 260).

Ya a los doce años Lina se decía que si en lugar de Eva, tía Eloísa hubiese estado en el Edén, las cosas habrían pasado de otro modo. Por lo pronto habría convencido a Adán de que dijese lo que dijera el iracundo Dios del Génesis, su sexualidad era un descubrimiento fabuloso y más le valía vivirla en el placer que maldecirla en la vergüenza. Le habría explicado cómo surgir del blanco vacío de la nada para caer en la oscuridad de la muerte no remitía a ningún castigo sino a las leyes de la materia orgánica; que toda medida tomada contra la mujer iba a volverse pérfidamente contra él mismo, y quien como Hesíodo la llamara maldición, ruina de los hombres, crueldad de deseos y nostalgias pasaría sus días en un limbo de tristeza y frío. O quizá tía Eloísa no habría tenido necesidad de explicarle nada a nadie, pensaba Lina maravillada, pues su sola presencia, la agilidad de su espíritu, sus infinitas capacidades de seducción hubiesen apaciguado seguramente la agresividad de Adán y de su dios. Lina la imaginaba discutiendo bien con el bíblico señor del trueno hasta reducir al polvo su vanidad; o enfrentándose a quienes habían inventado aquel personaje belicoso a fin

21

de hacerles comprender que los pesares de la vida estaban implícitos en su propia dialéctica y que a ella debíamos integrarnos para adquirir un poco de sabiduría. (P. 157).

Mucho había debido reflexionar Tía Eloísa antes de comprender el fenómeno de la sumisión, porque como nunca había estado sujeta a nadie difícilmente concebía que una persona de juicio aceptara someterse al arbitrio de otra. Decía haber tomado la buena vía cuando dejando de mirar hacia el exterior empezó a interesarse en el caso excepcional que constituían ella, sus hermanas y sus primas, quienes tenían en común un instintivo rechazo de toda forma de autoridad y el hecho de pertenecer a una familia en la cual, desde hacía al menos quinientos años, las mujeres tendían a dar a luz niñas y enviudaban pronto, enamorándose siempre de dos tipos de hombres opuestos entre sí, pero esencialmente idénticos, al menos dominados por la misma obsesión de destruirse, los melancólicos que se dejaban morir enervados de tristeza, y los turbulentos que se pasaban la vida tratando de hacerse matar hasta conseguirlo. El caso es que ellas quedaban solas muy jóvenes y obligadas a ocuparse del negocio familiar para sacar adelante a sus hijas, repitiendo, sin darse cuenta y a escala reducida, una estructura social que aparecía y se renovaba en cada generación como la antítesis del patriarcado, pues ninguna jerarquía se establecía entre sus miembros y, para utilizar la fraseología de moda, no sólo la propiedad se consideraba naturalmente un bien común, sino que también, los beneficios se distribuían al margen del rendimiento individual. Hubo incluso una época, cuando la madre de tía Eloísa enviudó, en que todas sus tías y parientes ocupaban dos manzanas cerca de la plaza de San Nicolás y los patios de sus casas se comunicaban a través de puertas siempre abiertas por las cuales los niños iban y venían decidiendo a su antojo donde jugar, comer o dormir. (P. 231).

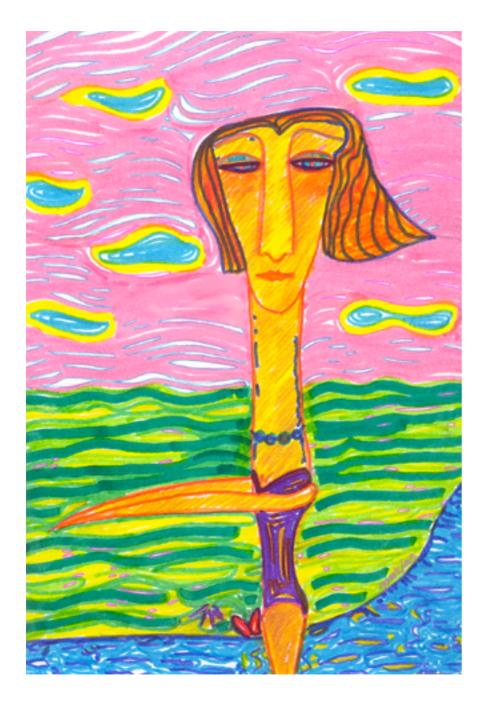
Para tía Eloísa, ser mujer implicaba una cierta armonía con la naturaleza, una cierta integración a sus ritmos: en ella las mujeres jamás habían visto a un enemigo a quien era necesario vencer o destruir, sino un doble, una aliada, el espejo que reflejaba sus ciclos y su fecundidad. De allí venía la fuerza que les había permitido mantener la especie en vida a pesar de la devastadora locura de los hombres, pero también la debilidad que de los hombres las había vuelto esclavas. Así, debía renegarse al comienzo de la feminidad, para recuperarla, después de combatir y triunfar con los parámetros masculinos, como una recompensa cuya posesión no conlleva humillación ni servidumbre alguna, convirtiendo un bien obtenido en el momento de nacer, en algo que se pedía a propósito y luego se ganaba en plena lucidez. (P. 179).

Entonces tía Irene tendría unos once años y ellas, sus hermanas, creían ingenuamente que su fama de pianista precoz había volado sobre los tejados de la plaza de San Nicolás hasta alcanzar el corazón de esos hombres indiferentes al mundo, y conmoverlos. Habrían podido suponer otras cosas, desde que tía Irene empezó a frecuentar los fines de semana una abandonada hacienda familiar, invadida por el monte y sin ningún interés, excepto el de estar situada no muy lejos de la Torre, particularidad que también les había pasado desapercibida; como no advirtieron, en una idéntica y acobardada inhibición, las diferencias de talento, sensibilidad y carácter que las distinguían de aquella hermana inaprensible cuya pasión por la música alejaba de sus juegos y a quien la madre había decidido dar un educación acelerada a fin de enviarla lo más pronto posible a Europa preservando su inteligencia de la miseria intelectual del medio ambiente; su inteligencia o una cierta comprensión de la vida que se oponía rotundamente a la de ellas, las otras cinco hermanas obligadas a refugiarse en su racionalismo ciego para, a su turno, protegerse. (P. 286).

Pienso a veces –siempre al anochecer cuando llega la fiebre y se apaga el cuchicheo de las palomas en los tejados– que los laberintos de la vida contienen enigmas sin descifrar como las piedras de la Torre del italiano. Yo, que había ayudado a mi abuela a morir siguiendo sus instrucciones, diluyendo en agua el polvo contenido en todas las cápsulas que sólo podía tomar a razón de una por día, y remplazándolo por talco para no alertar al doctor Agudelo, me sorprendí cuando supe cómo tía Eloísa había decidido celebrar su propio fin: en plena fiesta, alzando una copa de champaña para brindar con sus hijas mientras en torno suyo estallaban cohetes y sonaban sirenas saludando un nuevo año. (P. 444).

El tiempo me haría comprender muchas cosas, el silencio de tía Irene, ciertas palabras de mi abuela, la sonrisa de tía Eloísa. Una vez quise morir en Deyá, un pueblo de Mallorca. Era de noche y el viento helado del invierno me secaba las lágrimas burlándose de mi tristeza. Decidida a ponerle fin a todo atravesaba las calles desiertas de aquel pueblo de fantasmas cuando de pronto oí la música de un violín: en un caserón de postigos cerrados alguien repetía incansablemente una frase musical de la sonata de tía Irene: Me detuve un instante y apenas el instrumento se calló canté en voz alta la frase siguiente que el violinista, después de un momento de vacilación, de estupor quizá, se apresuró a recoger. Hui de allí corriendo en vano porque nadie me siguió, porque, como yo, el violinista sabía que esa sonata había sido compuesta para ser escuchada una sola vez y extraviarse luego en las sombras del olvido. Pero ya mi decisión se me antojaba un sueño absurdo: acababa de recordar que todos tenemos una cita en Samarkanda. (P. 446).

22



3 Mujeres de aquí y de allá

Se llaman Dora, Beatriz, Lina, Irene, Eloísa, Catalina, Berenice, Matilde, Lucila Castro, La Nena, Aurora, Jimena, Eulalia del Valle, Clotilde del Real, Odile...

Son solteras, casadas, separadas, abandonadas, despreciadas, temidas, vituperadas, mitificadas. Blancas, negras, europeas, mulatas, vírgenes, violadas, amantes apasionadas, orgullosas y desafiantes.

Son sobrevivientes en un mundo desgarrado por el patriarcado, dividido entre buenos y malas, prostitutas y vírgenes, guerreros y santos. Nadan en aguas oscuras cuando de amor y deseo se trata. En algunos casos logran ser independientes, otras no tanto, y otras ni siquiera han imaginado qué es ser libres.

Están aquí en Barranquilla, allí en París, habitan el mundo. Existen a pesar de ser negadas, niegan que lo son, imponen sus presencias, se hacen las imprescindibles. Mujeres del mundo entero mirad que han hecho con nosotras, y qué hemos hecho nosotras por nosotras mismas, dice Marvel Moreno.

No era el caso ni lo sería jamás: había nacido mujer, había aceptado a ultranza la ley masculina; sin ella saberlo, el poder le había sido confiscado al instante de venir al mundo, y lo poco que de él le quedaba, su rabia contra la vida lo había destruido. (P. 318).

(...) Dora al menos le concedía razón: el sexo era sucio, los hombres innobles: innobles puesto que se empeñaban en conducir a la mujer al acto por el cual iban a despreciarla, acto que si provocaba su desprecio tenía evidentemente que ser sucio. (P. 67). Esa ordenada monotonía parecía sentarles perfectamente bien; repetían una y otra vez los gestos de la tarde anterior, de miles de tardes idénticas, hasta que sus mentes se adormecían y sus cuerpos funcionaban como entidades ávidas de jamón y queso caliente entre dos rebanadas de pan, engordándose poco a poco, y también poco a poco aumentando la cantidad de ginebra que los sirvientes del Country mezclaban en las coca-colas con exquisita discreción. (P. 371).

Y, de pronto, todo aquel trajín se le antojaba intolerable vacuidad: cualquier sirvienta podía reemplazarla, cualquier aya ocuparse de los niños. ¿A dónde la habían conducido sus sueños de juventud? A esa rutina fatigante que ningún elogio le merecía. Había descubierto ya cuán injusta era la ausencia de recompensa para las amas de casa que trabajaban día y noche sin recibir el menor salario y cuya devoción se daba por sentada. Pura hipocresía, le afirmaba a Lina: la sociedad quería tener buena conciencia ocultando el hecho de que la mitad de sus miembros podían asimilarse a los esclavos de antaño. Ese plural, que de mantenerlo presente, le hubiera abierto la vía a una cierta liberación, se desvanecía muy pronto bajo el peso de sus angustias: era desdichada, no iba a pasar su vida entre los cuatro muros de una casa y la lidia de los niños; sufría, quería morirse; así, lentamente, iba entrando en la depresión; un buen día dejaba de alimentarse y permanecía acostada en su cama hasta que la debilidad la reducía a un estado de larva en el cual parecía encontrar la paz. (P. 411).

Se llamaba Mirian y vivía encerrada en un mutismo resignado, sin acordarse de los sueños de estudiante decidida a obtener un diploma que le hubiese asegurado su independencia y el sentimiento de abrirse paso en la sociedad por sus propios méritos. Aquel profesor de filosofía que parecía tan seguro de sí mismo, tan imponente en su convicción de poseer la verdad absoluta, cambió el rumbo de su vida; junto a él iría a combatir por un mundo mejor creando una sociedad sin clases y la "fraternidad" universal; más le hubiera valido interesarse en la reducción que el término fraternidad sufría en la práctica, porque una vez casada y con tres hijos a cuestas, su existencia se limitó a la de todas las mujeres excluidas de esa asociación de hermanos cuyo objetivo seguía siendo el mismo no obstante los cambios introducidos al nivel de la ideología y el lenguaje. Intransi-

gente en materia de principios, el profesor le impedía contratar a una sirvienta, moralista, se negaba a ciertas fantasías eróticas que calificaba de vicios burgueses. Y Mirian languidecía sacando en máquina los textos revolucionarios de su marido y ocupándose de lavar y planchar camisas, zurcir medias y atender a los niños. (P. 415).

La falta de lecturas y discusiones había embotado su mente y sus pensamientos derivaban de anécdotas a recriminaciones; a medida que Javier se volvía más hiriente y agresivo, ella trataba en vano de concentrarse sobre El segundo sexo o los recientes escritos de las feministas norteamericanas, en lugar de consolarla, aquellos libros le dejaban un gusto de amargura y la impresión de ser responsable de su suerte; además, no comprendía muy bien ciertos postulados que aludían a autores o teorías cuya existencia ignoraba, y las soluciones ofrecidas se le antojaban irrisorias o imposible de realizarse en el contexto de Barranquilla; la liberación sexual, tan en boga por entonces, la remitía a las angustias de su propia experiencia, y Víctor le había mostrado la faz más negra de la revolución. Cerró los libros declarándole a Lina estar cansada de tantas utopías y complicaciones. Javier volvería, se puso a esperarlo. (P. 427).

También le tocaba recibir a las amigas de Jaime, esas nuevas jovencitas salidas del mismo medio, pero en sorda rebelión contra los valores establecidos, que adoraban la marihuana y practicaban una cierta forma de liberación sexual. Pioneras de la emancipación femenina, se mostraban desafiantes en sus actitudes, excesivas en sus opiniones y sin ninguna indulgencia hacia las personas que aceptaban compromisos; casi todas terminarían sus estudios universitarios, se casarían, se divorciarían, tendrían amantes y, con la aparición de las primeras canas, estimarían preferible envejecer junto al último amor de sus vidas. (P. 429).

María Eugenia era quizá la más inteligente de los Freisen y, sin lugar a dudas, la más rebelde. Desde los quince años había resuelto pasar las vacaciones alejada de su familia yéndose a recorrer el país en compañía de hippies norteamericanos en busca de hongos alucinógenos. Un viaje a San Andrés le descubrió la existencia de una parienta suya, de su misma edad, que ya entonces había acumulado tantas experiencias

eróticas como para hacer palidecer de envidia al propio Casanova. Se llamaba Leonor y era hija de Lucila Castro. De su madre había heredado el temperamento, varios edificios en Miami y el mejor almacén de la isla especializado en la venta de productos de lujo. Ayudada por una tía viuda y dos hermanas del fiel Lorenzo, Leonor se mantenía al frente de su almacén, decidida a gozar de los placeres de la vida sin jamás prostituirse. Parecía habitada por dos personajes diferentes, uno diurno, disciplinado, verdadero as de los negocios, que vestido como un muchacho discutía a pie firme con los traficantes de la isla, y otro nocturno y sensual que elegía a sus amantes según criterios que nadie conocía. (P. 430).

Tantas vitaminas le dieron en su infancia que a los nueve años se desarrolló y a los catorce -cuando la expulsaron del colegio por la historia del bombón- estaba formada del todo y tenía ese aire lánguido, ese balanceo al caminar que empujaba a los muchachos del Biffi a treparse al muro del colegio, coronado por un verdadero zarzal de vidrios de botellas, dejando en el cemento la piel de sus rodillas y el sudor de sus ansias con tal de mirarla un minuto a la hora del recreo. No era bella como Catalina y carecía del refinamiento de Beatriz. No podía hablarse de gracia al verla, ni siquiera de seducción. No. Tenía algo más remoto y profundo; algo que debió de permitirle a la primera molécula reproducirse o al primer organismo fecundarse a sí mismo; eso que palpitaba al fondo del mar antes de que cualquier forma de vida asomara a la tierra, y palpitando sorbía, chupaba, creaba otros seres, los expulsaba de sí: la vida en estado bruto y, más tarde, la hembra primitiva; no necesariamente la humana, sino cualquier hembra capaz de atraer a su cueva al díscolo y alborotado macho y por un instante calmar su agresividad con el fin, no sólo de hacerle realizar el acto que ante la naturaleza, y aparentemente, lo justifica, sino también para recordarle que existe un placer más intenso y quizá más antiguo que el de matar. (P. 25).

(...) Esa fue la impresión que tuvo, de salvarla, de liberarla de la humillación cuando la encontró acurrucada en el suelo frente al locker de Catalina estremecida de llanto, y se puso a explicarle que ni Andrés Larosca tenía derecho a hablarle de aquel modo, ni ella, Dora, razón para sopor-

tarlo si consideraba que en fin de cuentas no estaba obligada a compartir sus opiniones, las cuales podían hacerla sufrir de reflejar una ausencia de amor o de ternura, pero no de producirle vergüenza, insistía secándole las lágrimas con su pañuelo, y le bastaba dejar la oficina y no verlo más nunca para recobrar intacta su dignidad. Fue entonces cuando Dora la miró fijamente, como si por primera vez estuviera asimilando lo que oía, y sus ojos tomaron una expresión incrédula: "Lina" murmuró, eso que dices es completamente inmoral. (P. 71).

(...) Dora parecía incapaz de poner fin a sus relaciones con Andrés Larosca y siguió trabajando en sus oficinas hasta que él mismo tomó la decisión de despedirla. Ya entonces había aceptado sufrir, recibir un trato humillante en calidad de expiación –aunque habría sido imposible saber a ciencia cierta si fue el castigo lo que originó en ella el sentimiento de falta, o si su propio sentimiento de culpabilidad provocó el comportamiento de Andrés Larosca, es decir, el castigo—. En todo caso, y sin ningún cinismo de su parte, cualquier humillación le venía a Dora como anillo al dedo porque en esa época, le diría años después a Lina, tenía necesidad de un hombre, de sus manos, su boca, sus caricias, y por ellos estaba dispuesta a pagar el precio que le pidieran. (P. 72).

Después de once años de vida en común con Benito Suárez su capacidad de reaccionar se había embotado, carecía incluso de instinto de defensa, ese mecanismo ciego, químico, elemental que lleva a un simple gato a erizar su pelambre y plegar sus orejas ante la presencia del peligro. (P. 115).

Y luego había el medio ambiente, lo que Dora había visto y oído desde que nació, lo aprendido en el colegio, lo enseñado por la religión, lo leído en las novelas, lo insinuado en las películas, en fin, toda aquella moral de represiones vencida un instante por el calor de su cuerpo adolescente, que había terminado abriéndose paso en su mente y allí instalándose de modo definitivo, modificándose hasta formar, no un concentrado de máximas teñidas de religión, superstición o filosofía, sino la más formidable aglomeración de lugares comunes, elementales e irreductibles, que la dejaban perfectamente inerme ante las invectivas de Benito Suárez en las cuales parecía encontrar el eco de su propia reprobación. (P. 116).

Divina Arriaga la había impresionado desde el día en que la vio por primera vez en París entrando en el salón de Sonia Delaunay precedida de dos galgos blancos. No sin admiración le contaba a Lina cómo antes de llegar, los otros invitados la habían presentido quizás a causa del sonido de su Bugatti o del taconeo de aquellos galgos que no parecían tocar el suelo sino rozarlo con la punta de sus uñas. Y cómo habían guardado silencio, las copas inmovilizadas en sus manos, los ojos fijos en la puerta donde al fin apareció, desdeñosa y magnifica en su túnica de raso blanco con incrustaciones de oro y su estola de plumas arrancadas a un pájaro inverosímil. Era bella, repetía tía Eloísa, su belleza ofuscaba como un agravio; tenía el cabello negro y los ojos verdes, fulgurantes. Se había desplazado por el salón con la engañosa indolencia de un felino, y en grandes felinos hacía pensar su sensualidad distante que no se ofrecía, ni se exhibía, ni buscaba seducir. Divina Arriaga tomaba: un objeto, un caballo, un hombre, no a fin de poseerlo, pues parecía estar más allá de todo deseo de posesión, sino de integrarlo a su vida un instante, el tiempo de posar sobre él su mirada, o cabalgar a través de un bosque, o hacer el amor entre las sábanas de satín plateado que con sus galgos y sus sirvientas la acompañaban en sus viajes. (P.159).

Pues Catalina era pura, impermeable al mal como un ave sobre cuyas plumas pudiera resbalar todo el fango del mundo sin dejar la menor huella. Y, paradoja o no, algo de esa pureza conservó el resto de su vida, incluso cuando engañaba a Álvaro Espinosa con cuanto hombre despertara su deseo y, más tarde, empujándolo a ciencia y paciencia al suicidio; en esa época Catalina ya había elaborado un código moral al cual siempre se ajustaría y cuyas reglas eran no mentirse nunca a sí misma, ni buscarles jamás una justificación a sus actos reprensibles. (P.168).

Durante años Catalina busco el amor; y no el amor de una persona determinada, sino el de todos los seres que tenían el privilegio de verla, contemplarla y adorarla como a la niña-diosa en la cual secretamente se reconocía; demasiado inteligente para contentarse con un narcisismo elemental, había aprendido muy pronto a minimizar la admiración despertada por su belleza elaborándose una personalidad elástica que, jugando con los más sutiles registros de la complicidad, subyugaba a sus interlocutores (...) (P. 187).

Los hombres habían inventado una organización aberrante cuyo principio y finalidad eran la dominación de la mujer: que esta fuese cómplice inocente o culpable, su condición de víctima la lavaba de cualquier responsabilidad porque si su inteligencia no sucumbía a los prejuicios y su coraje resistía las presiones del medio, toda su energía iría a consumirse en liberarse a sí misma a través de un aprendizaje, lento, difícil, surcado de penas, empobrecido por la soledad, que culminaba imponiéndole al mundo su dignidad de persona y comenzaba robándole al hombre la palabra, la que él había utilizado diestramente para someterla a su capricho, creando así el primer modelo a partir del cual se había pensado y realizado esa relación atroz en la que cada hombre se convertía en lobo frente a los otros hombres. Al principio había sido el Verbo, decía la Biblia, y en eso al menos, la Biblia decía la verdad. (P. 206).

En cuanto a la mujer, Freud había dado la clave de su comportamiento: castrada y rencorosa, su acción tendía a debilitar la fuerza del sexo opuesto aprovechando su inclinación a la lascivia, razón por la cual debía ser confinada en la simple reproducción de la especie, y eso, provisoriamente, ya que algún día, fabricando los niños en las probetas de un laboratorio, el hombre lograría al fin desembarazarse de ella. Mientras tanto había que obligarla a resignarse a su condición porque la animosidad de la mujer – como la de los negros, los judíos, los enfermos y los débiles– provenía de su rencor contra el poder de quienes la oprimían naturalmente. Creando, así, esos conflictos insensatos que la sociedad intentaba resolver a través de la psiquiatría. (P. 206).

De la violencia masculina, María Fernanda nada ignoraba a los quince años, cuando una religiosa la ayudó a huir del asilo de alienados en la cual estaba confinada, para esconderla en el Buen Pastor. fue allí, lavando sábanas y fregando pisos, donde María Fernanda empezó a recuperar la salud mental al sospechar que nunca la había perdido y podía al fin nombrar la infamia: haber sido violada brutalmente a los diez años por su propio abuelo constituía un traumatismo difícil de superar: más difícil aun si al ser descubierta por su padre, bañada en sangre, este había decidido encerrarla en un cuarto aislándola del resto de la familia a fin de ocultar la verdad y borrar el oprobio recibido, atacando, no al culpable, respetable

patriarca, propietario de la mejor hacienda del departamento, sino a la víctima, la niña que por haber encarnado la tentación, debía ocultarse en una habitación casi a oscuras, a quien nadie podía acercarse así llorara de día y de noche, y que sobreviviría gracias a la cesta de comida izada hasta su ventana al anochecer. Sola, sin oír ninguna voz, en la confusión más total, resistió dos años. Cuando le llegó la primera regla dejó de alimentarse. Entonces la declararon loca y fue enviada a un asilo en otra ciudad del país, con una falsa identidad, para que psiquiatras, drogas y maltratos terminaran de destruirla. De cierto modo la destruyeron, pues apenas logró fugarse del Buen Pastor se dedicó a la prostitución ahorrando centavo tras centavo con el propósito de pagar los honorarios de un abogado capaz de restituirle legalmente su apellido al alcanzar la mayoría de edad; no quería entablar un pleito contra sus padres ni exigir indemnización alguna, sólo practicar el oficio de prostituta bajo su verdadero nombre arrojando la deshonra sobre su familia. (P. 264).

Frente a una demencia tan controlada, Álvaro Espinosa se sentía desarmado: que habiendo nacido en buena cuna, una mujer se declarara lesbiana y aceptara prostituirse deleitándose en la aberración, rebelaba a sus ojos un absoluto desequilibrio mental; pero el desorden en cuestión no se traducía por síntomas perceptibles a su experiencia de médico: ninguna falla sorprendía en la coherencia de su lenguaje ni en la lógica de su conducta; más aún, María Fernanda, que no bebía ni fumaba, daba la impresión de vivir en paz consigo misma, aceptando su propia realidad y la de las cosas aunque sin establecer el menor juicio de valor moral. (P. 267).

Beatriz era diferente; negativo de sus hermanos parecía encarnar el personaje de una historia ejemplar: apenas entró en La Enseñanza se granjeó de inmediato la admiración de las monjas, que nunca habían visto alumna más ordenada, tan disciplinada y devota, capaz de obtener la mejor nota en cada materia y una excelente calificación de conducta todas las semanas. Tanta perfección irritaba a Lina, quien después de observarla un tiempo vacilando entre tildar su conducta de farisea o simplemente idiota, había descubierto estupefacta que Beatriz creía con sinceridad en las virtudes de la obediencia: someterse a las órdenes de los mayores parecía consistir para ella el único medio de liberarse de la angustia que

le había creado una educación centrada exclusivamente en la existencia del pecado y su natural castigo, como creía comprender Lina más tarde respondiendo a las preguntas que sus preguntas suscitaban en tía Irene y cuya formulación se abstenía de hacer frente a su abuela temiendo mortificarla, porque todo cuanto afectara a la nena Avendaño daba la impresión de provocarle una pena infinita: la nena le había ayudado a amortajar a su hija, la había acompañado durante los horribles días que precedieron su muerte. Y eso, ella, su abuela, no estaba dispuesta a olvidarlo. (P. 290).



4

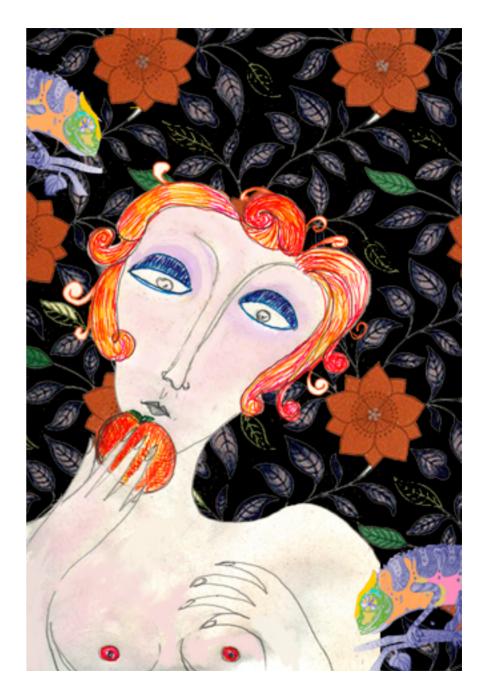
Animales en mi vida

Si una gata se convirtiera en humana fácilmente podría ser una hermosa Marvel de noche. A su vez, si una perra se convirtiera en humana podría ser una despierta Marvel de día. Ella es muy humana y también muy divina o muy mamífera o un águila con esa mirada penetrante, o un búho, o un colibrí, o una felina, o simplemente pura vida. Los animales de Marvel están en Marvel, hacen parte de ella misma.

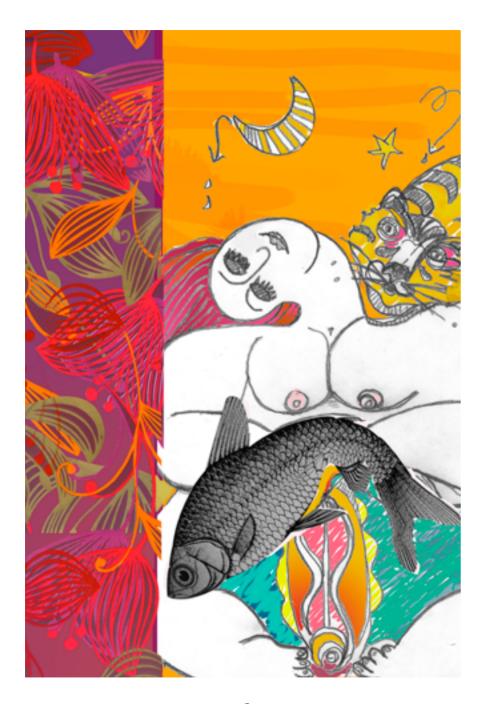
(...) Se quedaba de repente observando el vuelo de un ave hasta dar la impresión de infiltrarse en el ave y con ella mirar desde el cielo los tejados, alejarse de la sociedad, seguir el curso del río; o de deslizarse en una hormiga y caminar bajo la tierra; o de convertirse en insecto y debatirse desesperadamente entre las redes de una telaraña. (P. 337).

Desde que tía Irene se instaló en la Torre del italiano, Lina advirtió sus curiosas relaciones con los animales: no los consideraba ni un adorno ni un estorbo, ni buscaba su compañía para colmar la soledad; no pretendía de ningún modo utilizarlos, simplemente los amaba, y ellos, desde el minúsculo ratón que se paseaba sobre la brillante tapa del piano cuando no había gato por los alrededores hasta la imponente pareja de dóbermans cuyos ancestros habían asistido a la construcción de la Torre parecían sentirse bien a su lado como si la consideraran una prolongación de su propia existencia. En cierta forma no se equivocaban: tía Irene le decía su abuela a Lina, había poseído desde la infancia la facultad de identificarse con todos los seres vivos por ínfimos que fueran, de penetrar en sus cuerpos y compartir sus emociones aumentando así su visión de las cosas y esa sensibilidad extrema, casi dolorosa, que sólo la música le permitía tolerar y únicamente en la música podía expresarse; muy pequeña, le había contado, se quedaba de repente observando el vuelo de un ave hasta dar la impresión de infiltrarse en el ave y con ella mirar desde el cielo los tejados, alejarse de la sociedad, seguir el curso del río; o de deslizarse en una hormiga y caminar bajo la tierra; o de convertirse en insecto y debatirse desesperadamente entre las redes de una telaraña. (P. 337)

El miquito debía de estar acostumbrado a cambiar de residencia, pues muy pronto se familiarizó con el patio de los Avendaño convirtiéndolo en su territorio. Era divertido verlo saltar de un árbol a otro y hacer toda clase de piruetas por una ciruela madura, su golosina preferida, los hermanos Avendaño le construyeron un refugio contra la lluvia y Lina le llevaba mamones de vez en cuando. Pero Beatriz lo odiaba: nunca había convivido con un animal y se sentía invadida del asco ante su desenvoltura; además le daba miedo: ese ser extraño, tan diferente y, sin embargo, tan semejante a ella, parecía compartir sus emociones, imitar sus gestos y, más terrible aún, examinarla: sus ojos no le devolvían la mirada colérica o servil de un perro, ni sus pupilas, la breve y señorial indiferencia de un gato. No, sus ojos la observaban tratando de captar sus sentimientos hacia él, pobre miquito condenado a buscar la simpatía de sus nuevos dueños, tal vez sólo esperaba que ella aceptara su presencia para poder librarse con seguridad al placer de balancearse entre los árboles; y espulgarse concienzudamente; y escuchar estupefacto los ruidos que salían de la casa, sobre todo, los de ese objeto donde giraba una cosa redonda y negra cuya inspección le había valido la peor nalgada de su vida. Eso, recibir castigos por tirar al suelo algo que hubiese atraído su curiosidad, formaba parte de las relaciones con los hombres, seres bien imprevisibles, a veces peligrosos, aunque jamás, en toda su experiencia de marimonda, había encontrado uno de ellos tan irritante como esa muchacha que ahora lo vigilaba sin el menor asomo de amabilidad y esgrimía contra él un palo si intentaba comerse las frutas del ciruelo. (P. 333).



36



5 El amor y sus placeres

¿Dónde comienza el amor y termina el sexo? ¿Dónde se acuesta la dependencia y dónde duerme el simple deseo? ¿Es el amor el remedio o la enfermedad? ¿Amaba Adán a Eva o solo la deseaba? ¿Quería Eva casarse con Adán o únicamente buscaba pasar un buen rato?

El amor con amor no es la panacea porque es una tortura siempre querer más y más, desear fundirse con el otro. El amor sin amor, donde la reproducción es la que manda, tampoco salva porque no hay peor territorio que el que conduce directamente a la reproducción como un acto mecánico y natural.

Marvel no tiene idealizado el amor como la salida, como la unión perfecta de dos almas gemelas y hasta podría pensarse que lo considera como una condena.

Y en medio de todo, el amor y el desamor siguen su marcha...

(...) Rosario Ortiz Sierra, quien había heredado de su madre un temperamento capaz de derribar cada noche los pudores inherentes al desequilibrio mental de todos los Freisen habidos y por haber, con la perversidad adecuada a sus fantasmas más contradictorios, encarnando durante el día el personaje de la mujer delicada, casi inmaterial a fuerza de refinamiento, y transformándose de noche en vampiresa habitada por demonios sedientos de lascivia. (P. 339).

Casi veinte años después, en París, Maruja Freisen despertaría la gran pasión en el hombre más bello y más rico del mundo, y se negaría a convertirse en su esposa, y lo mandaría literalmente al diablo porque no sabía besar el sexo de una mujer, y ella, le confiaría a Lina en el Select de Montparnasse, carecía

de la paciencia de la cual habían dado prueba su madre y su abuela para combatir cada noche los estragos de una mala educación: el feminismo no había surgido en vano. (p. 340).

Lina no puso en duda un instante la veracidad de aquella afirmación. En la pasión de Javier había habido hasta el final algo de excesivo y ella sabía que el amor por una mujer servía a veces de pretexto para destruir a otra. (P. 432).

(...) Aquellos volúmenes se abrían solos como si una mano invisible guiara al lector a ciertas páginas, más manoseadas que las otras y a veces con manchas de dedos aparentemente sucios de chocolate, justo en los párrafos donde las novelas de amor alcanzaban el punto máximo del erotismo permitido por la época, besos de mano y miradas tenebrosas que hacían languidecer a la heroína y también seguramente a doña Eulalia del Valle poblando sus tardes de ocio, aquellas tardes que durante horas agonizaban de calor y morían en breve estallido naranja, de sueños truncos y deseos inquietantes a la espera del Sheik, príncipe ruso en el exilio o almirante de la flota británica que vendría a descubrirla en Barranquilla, a raptarla o solicitarla en matrimonio, a cubrir de besos sus pies una noche de invierno, a caer con ella en el túnel de una mina abandonada y allí, entre la oscuridad y el hambre, domeñarla por la fuerza de su carácter y su pasión devoradora (pero contenida) enseñándole a renunciar a su independencia de mujer moderna y plegarse a la voluntad masculina en una entrega sublime que la conduciría al altar y la llenaría de hijos. (P. 42).

(...) Dormía todo el día y se despertaba a la caída de la tarde con el fin de lavarse, cepillar sus cabellos y tirarse en una hamaca del segundo piso esperando el automóvil cuyos faros vería en la última curva de la carretera, en lo alto de la pendiente, para entonces levantarse y gravemente descender la escalera, los ojos brillantes y ya ausentes, incapaces de fijarse en nada, de reparar en nadie, concentrados en el recuerdo que conducía sus pasos a la playa y acortaba su respiración como si su cuerpo se fuera preparando a vibrar a otro ritmo y latir a otra cadencia. (P. 61).

Aquella boda había suscitado en la ciudad una avalancha de habladurías: ambos habían crecido juntos, bajo la tutela del padre de la nena, quien, a la

muerte de su hermano mayor, había adoptado a Jorge queriéndolo como a un hijo; dos niños educados severamente, en la más estricta obediencia cristiana; bellos y refinados; tan parecidos el uno al otro que, de no existir entre ellos una diferencia de edad, se les habría creído gemelos. Y de repente había sido el amor, provocante, desesperado, exhibiendo los conflictos de la familia, su intimidad: Jorge no quiso regresar a Bogotá para terminar sus estudios de derecho, la nena se negó a probar un bocado de comida mientras su padre se obstinara en separarlos; intervinieron médicos, curas, amigos. Desgarrado por la ira, el padre al fin consintió el matrimonio, pero regresando a su casa después de la boda, fue víctima de un ataque cardiaco y murió esa misma noche maldiciendo a los novios en su agonía. (P. 288).

Aquellos galanteos habían dejado siempre indiferente a Beatriz; al menos en apariencia, pues otra sería su reacción el día que Jairo le envió a través de Lina una carta declarándole su amor en términos tan convencionales que cualquiera de ellas se habría echado a reír. Pero Beatriz no rio, todo lo contrario; guardó la misiva en el fondo de su libro de religión a fin de tenerla lo más cerca posible de ella, y quizá se puso a soñar con la ingenuidad de sus trece años y en la medida en que se lo permitía la pulcritud de su corazón. A partir de entonces se sentó a la ventanilla del bus: muy pálida, contraída de emoción, esperaba ver aparecer los automóviles para buscar a Jairo con los ojos y mirarlo intensamente; un día le envió a decir que aceptaba ser su novia, sin saber muy bien lo que eso significaba o teniendo al respecto una idea más o menos confusa, pues como a veces iba al cine los domingos en compañía de Lina, había visto a los novios sentarse juntos y darse besos prolongados apenas se apagaban las luces. Beatriz no comprendía que esas caricias, esos primeros asaltos del deseo, constituían a su edad el pecado por excelencia. (P. 297).

(...) Su cuerpo sentía la sangre fluirle a las mejillas y la terrible impresión de perder su individualidad para caer en el viscoso anonimato de la especie, allí donde todas las hembras humanas llegaban un día a esperar el deseo del hombre descubriendo en su vientre un latido hasta entonces ignorado. (P. 393).

(...) Ella adoraba hacer el amor y los hombres lo sabían: su marido no le enviaba un centavo y los hombres no lo ignoraban. Por eso, apenas caía la

tarde, iban a buscarla en sus automóviles apagando los faros a fin de no importunarse unos a otros y, en hilera, frente al sardinel de su casa, esperaban pacientemente la aparición del negro que vendría a anunciarles la tarifa de la noche, siempre imprevisible; algunos aguardaban meses enteros, por capricho de Lucila o arbitrariedad del negro, quien a guisa de explicación se limitaba a afirmar en un tono sosegado que muchos eran los llamados y pocos los elegidos. (P. 328).

Al respecto, Maruja contaba divertida que en una ocasión, bajo el efecto de uno de esos cocteles a base de jugos de fruta y mucho ron preparados por su padre, Gustavo Freisen le había explicado a el Manco su manera de concebir las relaciones maritales jactándose de nunca haber cometido pecado contra la carne en la medida en que cada contacto había provocado un embarazo, lo cual reducía a veinte, más o menos, las veces que la señora Freisen había sido solicitada, diez por los hijos y otras tantas por los abortos. (P. 347).

Desde niña sintió el llamado de la religión, le había confiado a Anne, y probablemente acariciaba románticos sueños de vida monástica mientras su madre le preparaba un ajuar cuya pieza principal Lina vería alguna vez, una bata de noche idéntica a la de todas sus antepasadas, con mangas hasta las muñecas y apretada en los tobillos de tal manera que el futuro esposo no pudiera subirla y se viera en la necesidad de utilizar la única abertura a su disposición, una especie de ventanilla en forma de corazón colocada a la altura del pubis sobre la cual podía leerse en letras bordadas "Dios lo quiere". (P. 348).

Ella había advertido el interés que despertaba en Javier con una reticencia no exenta de turbación; ante aquellos ojos azules que recorrían descaradamente su cuerpo sentía la sangre fluirle a las mejillas y la terrible impresión de perder su individualidad para caer en el viscoso anonimato de la especie, allí donde todas las hembras humanas llegaban un día a esperar el deseo del hombre descubriendo en su vientre un latido hasta entonces ignorado. Percibía eso y otras cosas, la dificultad de expresarse en su presencia, una somnolencia que no lograba definir; creía a la gente capaz de adivinar sus emociones y, a veces, permanecía clavada en una silla imaginando su falda manchada por el hilo de humedad que le corría entre las piernas cuando al otro lado de la mesa Javier se obstinaba en mirarla. Aquella experiencia había cambiado

brutalmente los ritmos de su cuerpo: el período le duraba más de la cuenta, los sueños eróticos la despertaban sobresaltada a media noche impidiéndole volverse a dormir; a la menor variación de temperatura pasaba de estremecimientos de frío a tufaradas de calor. (P. 393).

A ese esbozo de conmiseración que las mujeres le inspiraban, su propia impotencia había sumado el arte de saberlas amar; privado de erección, pero no de deseo, descubrió muy pronto ciertos secretos del placer femenino. Una mujer satisfecha, decía, se mostraba siempre generosa olvidando el físico del hombre y hasta bendiciendo la ausencia de penetración que le obligaba a recurrir a procedimientos más sofisticados sin retroceder ante la complejidad de los juegos eróticos. El día que el profesor lo sorprendió en su propia cama, acostado sobre su esposa, la boca de cada uno de ellos hundida golosamente en el sexo del otro, casi le dio un ataque de apoplejía: Víctor lo vio de reojo en la puerta congestionado e incapaz de reaccionar; así que continuó sus quehaceres hasta oír el ahogado gemido de Mirian y luego se levantó y empezó a vestirse, indiferente a la escena que estallaba entre los dos esposos.

Reunidos a toda prisa a fin de analizar aquel terrible incidente a la luz de la dialéctica, sus amigos concluyeron que Víctor había sido víctima de la seducción de una falsa revolucionaria y con la complicidad de un médico comunista internaron a Mirian en un asilo de locos de donde jamás saldría. (P. 416).

De aquellos amores Beatriz salió animada por una repugnancia total hacia el sexo. El placer del orgasmo, le diría a Lina, no compensaba las humillaciones a las cuales debía someterse para obtenerlo: era demasiado breve, venía precedido de angustia y la abandonaba en plena culpabilidad, odiaba en el erotismo lo que justamente Dora y luego Catalina habían descubierto un día fascinadas: una manera de afirmarse a través de la transgresión, un momentáneo silencio de la voluntad para encontrar el fulgurante silencio del absoluto. Pero Beatriz vivía su sexualidad como los hombres, entre el miedo del instinto cuya aparición les recordaba la parte aborrecida de su esencia, y el odio irracional frente a las simples verdades de la carne; asimilaba el deseo a una posesión diabólica que la privaba de su libre arbitrio, y el placer, a una aterradora desintegración de su conciencia. (P. 422)

Sólo muy pocas personas en la ciudad, Maruja entre otras, descubrieron sobre qué bases reposaba el comportamiento amoroso de Leonor: ella no aceptaba ese erotismo centrado alrededor de un órgano que se erguía y se evacuaba con rapidez dejando en las mujeres un sentimiento de frustración y en los hombres un gusto de tristeza; ella buscaba a los raros hombres que habían aprendido a hacer el amor de manera distinta, haciendo suyo uno tras otro cada orgasmo de la mujer, controlando su propio deseo, manteniendo la erección el mayor tiempo posible, no a fin de seguir principios religiosos ni de ejercer un poder más o menos impregnado de sadismo, sino de erotizar la totalidad de sus cuerpos hasta sumergirse en una voluptuosidad intemporal y vibrar a la cadencia de los ritmos femeninos. (P. 433).

Pero vieron: Dora con la cabeza abandonada en el hombro de Andrés Larosca, las manos de él recorriendo su cuerpo: Dora resbalando sobre la arena, el miembro de Andrés Larosca irguiéndose contra el dorado reflejo del mar. Y vieron a Dora tomar aquel miembro entre sus dedos, jugar con él, acercarlo al más recóndito secreto de sus piernas y allí apoyarlo, una y otra vez, siguiendo el ritmo de las olas que remontaba la marea, rápido, cada vez más rápido hasta que su cuerpo se fue endureciendo como un alambre, curvándose como la cuerda de un arco para de pronto caer inerte sobre la arena profiriendo un quejido de gaviota herida, de sirena surgida del océano, mientras aquello que tenía entre sus dedos entraba en ella, y Lina y Catalina, erguidas sobre sus caballos, contemplaban deslumbradas aquellas dos siluetas que ya eran una sola, un solo movimiento de reflujo entre la luz insólita de un cielo donde la luna avanzaba con la oscuridad y el sol se hundía en el horizonte. (P. 63).

Aquel psicoanálisis no podía tomarse en serio, primero porque Jerónimo Vargas no era psicoanalista, pero también, y de eso Dora parecía consciente, porque una mal asimilada lectura de Reich había dado cuenta del escaso juicio que tenía, aceptando que en cualquier momento hubiera tenido alguno, y desde su matrimonio con una desconocida muchacha del interior, larga y esquelética, de piel lechosa y maquillada como la Greco de los años cincuenta, Jerónimo Vargas había comenzado a poner en práctica una confusa idea del orgasmo liberador, o mejor dicho, del orgasmo permanente que en su opinión conducía a desatar en el hombre las fuerzas creadoras del

universo exigiendo, entre otras cosas, la participación incondicional de la mujer, por lo cual, su esposa, la muchacha de expresión hambrienta y párpados sombreados de verde, debía permanecer desnuda todo el día en la casa y someterse cada tres o cuatro horas a los llamados deberes conyugales que él, Jerónimo Vargas, cumplía con cronométrica regularidad hasta el punto de suspender las sesiones psicoanalíticas de Dora pretextando su necesidad de ir a hacer el amor y regresar un poco más tarde, la camisa sudada, y a veces, una mancha verde muy cerca de la línea donde comenzaban a crecer sus barbas rojas. (P. 107).

(...) Una vez casado, Benito Suárez empezó a sentir escrúpulos de hacer gozar sexualmente a Dora y por tal motivo la llevaba a Puerto Colombia cada dos meses a confesarse con el cura, sin que las amonestaciones de este último – basadas en la convicción de que el cuerpo de la esposa no debía ser destinado a la concupiscencia sino a la reproducción y, a lo sumo, a sofocar las tentaciones masculinas— dieran el menor resultado, antes bien, le contaría Dora a Lina, parecían servirles a ambos de estímulo, ya que después, regresando a la ciudad, no podían resistirse al deseo de hacer el amor y entonces dejaban el Studebaker parado en la cuneta, se adentraban por el monte y se buscaban ansiosamente entre los arbustos, contra el tronco de un matarratón o a la orilla de la ciénaga. (P. 96).

Dado el orden social de las cosas, tal incidente no tenía mayor importancia y doña Clotilde habría podido aceptar el hastío de una asexuada vida conyugal si su cuerpo no le hubiera jugado la mala pasada de rechazar sin contemplaciones el semen de su marido cubriéndose de ronchas y eczemas cada vez que hacía el amor con él: el caso examinado por todos los médicos, curanderos y charlatanes de la ciudad, era bastante insólito: apenas Genaro Espinoza se masturbaba sobre la inerte y muy virtuosa doña Clotilde, ella empezaba a sentir un ardor terrible en sus órganos sexuales que se inflaban y enrojecían hasta desprendérsele la piel y quedar en carne viva, mientras el resto del cuerpo, respondiendo a la misma alergia, le iba picoteando con una erupción de vejigas parecidas a las vesículas de la varicela. A aquel martirio puso fin la intervención de su director espiritual, previo regalo de las joyas de doña Clotilde del Real a la Virgen de su iglesia, explicando a los interesados cómo tal fenómeno de repulsión, en su compleja acepción latina de *repellere*, indicaba

que ni siquiera el sacramento cristiano había podido quebrar la prístina pureza de un ser destinado quizá por los designios divinos a la castidad. (P. 211).

(...) El punto alfa de su propia pederastia, de ese placer indescriptible que sentía viendo a cualquier adolescente, áspero como papel de lija, perder toda arrogancia al descubrir el abismo de pasividad oculto en un miembro hasta entonces considerado por él objeto de acción, y mirarlo con la misma expresión de avergonzada lascivia que brilló un instante en los ojos de Álvaro Espinosa cuando uno de los mellizos de Ribon tocó su sexo y su sexo se endureció humedeciendo el pantalón del uniforme ante el estupor de los muchachos que lo habían venido siguiendo desde el terreno de fútbol y mientras el otro mellizo horrorizado declaraba en voz alta que sólo un zambo de mierda podía ser tan maricón. (P. 218).

A una casa de putas llevó sin embargo a su hijo apenas se enteró del bochornoso incidente ocurrido en el San Pedro Claver, aterrado de que a todas sus calamidades viniera a añadirse la de ser padre de un homosexual, amenazando a la propietaria, doña Ofilia, con echarle encima la policía, los curas y las damas católicas si no conseguía hacer copular a su hijo de manera decente y de quedarse allí, tendido en una hamaca del patio, hasta que vinieran a anunciarle la buena nueva, por la cual estaba dispuesto a pagar cien veces el precio de todas las muchachas del burdel, o sea, el equivalente de una vaca en perfecta salud. Esperó tres días. Tres días de angustia para la niña Ofilia, quien después de encerrar a aquel adolescente sombrío en una habitación cuyo espacio ella podía visualizar desde una rendija practicada en la madera del muro, comenzó a hacer desfilar una tras otra a sus pupilas, las hermosas negras de piel charolada, las mulatonas de senos maduros, las pálidas blancas de oxigenados cabellos y su colección de niñas, enanas, albinas y mongólicas, en fin, todas las variedades de hembras capaces de despertar el deseo masculino, sin que el idiota muchacho diera el menor signo de virilidad, arrodillado en un rincón y repasando ansiosamente las cuentas de su rosario, y a cualquier avance en forma de las entendidas, asfixiándose de asma, mientras ella, la niña Ofilia, invocaba por un lado a Changó y por el otro a San Antonio suplicándoles la combinación adecuada, la gracia, el chispazo que al fin iluminó su mente oyendo hablar a un alumno del San Pedro Claver. Como también le habían contado el odio que ese granuja le tenía a la gente de color, lanzó una llamada

de socorro a sus colegas pidiéndoles enviarle, conseguirle o sacarle del mismo infierno una negra de nalgas duras, lo más parecida posible a un jovencito y acostumbrada a hacer el amor por el agujero innoble. Así salvó su burdel y comenzó la vida sexual de Álvaro Espinosa. (P. 221).

Después fue diferente. Fue el estupor de verle levantar bruscamente la frágil bata de encajes de Bruselas, tirarse sobre su cuerpo y permanecer así varios minutos, inmóvil, los ojos cerrados, la cara contraída otra vez por un exceso de concentración al igual que la de un atleta en el instante de hacer un último esfuerzo para alcanzar la meta, y de pronto ella sintió una cosa dura entre sus piernas, algo que se abría paso ciegamente y con brutalidad causándole un dolor inconcebible, tan violento que empezaba a gritar, cuando la mano de Álvaro Espinosa cayó sobre su boca y le oyó murmurar rencorosamente: "Eso querías, perra, ahora lo tienes". (P. 230).



6

Berenice no solo limpia

Cuando están en las casas ellas son como dios, no se ven pero están en todas partes. Cuando no están ellas se notan. Polvo, suciedad, desorden. Estando sin estar se dan cuenta de todo. De las manías de las señoras, de los secretos de los caballeros escondidos en los bolsillos de sus sacos y pantalones, de los primeros besos de las nenas, de la ostentación en el club y la soledad de las neveras, de familiares descalzos entrando por la puerta del servicio, de golpes, estupros, infidelidades, doble moral, depresión.

Se les quiere y se les odia. A veces reemplazan a las madres, son compinches de las hijas. Otras son celestinas de esposas insatisfechas.

Lina Insignares y la negra Berenice fueron mucho más que ama y sirvienta. A veces la una era madre de la otra. Otras, eran compañeras de aventuras, confidentes, amigas más allá del tiempo y el color y la clase social.

Las sirvientas llevaban una existencia de gitanas, aparecían en el Prado viniendo de ese más allá maléfico donde su tía veía campear ladrones y prostitutas; vestidas con trajes de colores chillones, iban de puerta en puerta solicitando un empleo que les permitiría decirle adiós a la pobreza, al eterno picoteo del hambre en el estómago, a la promiscuidad de una choza insalubre en la cual dormían por el suelo hombres, perros, gallinas y, a veces, un cerdo contemplado codiciosamente cada noche, reservado para horas más duras. En el Prado obtenían de inmediato cama, comida, uniformes, un salario que podían ahorrar o gastar en fruslerías. ¿Por qué, entonces, partían? Al cabo de unos meses, por un quítame allá esas pajas, metían en una maleta de cartón todo cuanto habían comprado o recibido como regalo, y regresaban muy ufanas a sus barrios miserables. "Pereza", decía la tía. "Lujuria", afirmaba Beatriz, sin tratar de considerar ni siquiera un instante la opinión de Lina, quien veía en la conducta de las sirvientas un ansia de liber-

tad tan irrefrenable que cualquier bienestar material era sacrificado al placer de mandar al diablo a sus patronas recuperando de paso una dignidad perdida inexorablemente en la servidumbre. (P. 322).

De esta conjetura se le vino la idea de emprender una campaña de purificación a escala reducida, llevando por lo pronto la buena palabra a las empleadas de sus parientas más próximas, sus tías Avendaño, quienes al principio le dieron carta blanca atribuyendo a su edad tanto candor, y luego, al comprobar los resultados desastrosos de la experiencia, pidieron cortésmente limitarla a las sirvientas de su propia casa. La pobre nena se encontró, pues, de golpe sin servicio: ninguna muchacha quería trabajar para una familia en la cual la hija de la patrona se permitía inmiscuirse en su vida privada, espiándola cuando salía de noche al jardín, a fin de que, tal como ella lo había aconsejado, no recibía visitas nocturnas ni se permitía galanteos entre el refugio de los árboles. Esas dos horas de libertad, ganadas después de un trabajo incesante, constituían al menos una búsqueda de placer que la recuperación del cuerpo extraviado en labores serviles; reunidas en grupos, al fresco de la noche, las sirvientas del barrio tenían entonces la impresión de escapar a la voluntad de unas amas que añoraban sin saberlo los felices tiempos de la esclavitud y descargaban sobre ellas la agresividad inhibida frente a padres y maridos, descargaban a partir de las ocho de la noche, cuando se abría la tregua indispensable para reiniciar la lucha al día siguiente, con sus dos bandos bien separados por una zona neutra, establecida a partir de las terrazas, donde las señoras se sentaban en mecedoras comentando el último chisme o cualquier banalidad, mientras en el otro lado del jardín, en el sardinel, las sirvientas desvelaban la intimidad de la familia refiriendo irónicamente los incidentes de los cuales habían sido testigos durante la jornada. (P. 324).

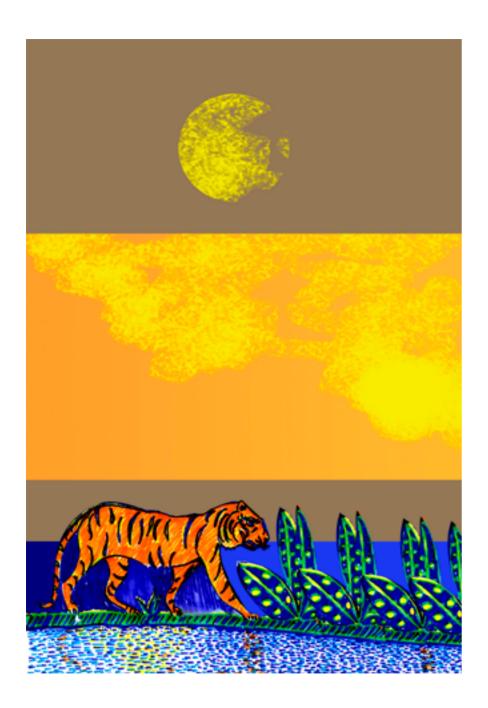
Beatriz estaba dichosa: por unos objetos, a sus ojos despreciables, podía al fin arrancar del vicio a una sirvienta y ofrecerla como modelo a las demás. Al cabo de seis meses Armanda se había convertido en su cosa: la exhibía, la presentaba, la llevaba al cine; después de enseñarle a leer y escribir, le pidió a la asombrada nena dejarle a Armanda las tardes libres para que se dedicara a estudiar. Por último, decidió entrar en contacto a través de ella con las otras sirvientas del Prado organizando seminarios de reflexión en los cuales se disertaría sobre las ventajas de

una vida comedida. Aquello iba más allá de las posibilidades de Armanda, quién presintiendo el peligro desvió la atención de Beatriz hacía lo que ocurría en casa de sus nuevos vecinos, los Del Puma. (P. 326).

(...) Ya que ellas partían cada diciembre en compañía de Berenice, cuyo oficio era el de prepararles la comida y, por terquedad, por su propia iniciativa, el de limpiar neuróticamente el polvo acumulado en doce meses refunfuñando el día entero a causa de un tambor que decía sentir sonando en su cabeza y que se le calmaba a la llegada de la noche, cuando sentada en el destartalado pórtico con un pañuelo empapado de Menticol en la frente, se ponía a contarles en voz baja los más insólitos secretos de las antiguas familias de la ciudad. (P. 56).

Ninguno de aquellos argumentos convencía a Berenice, ni sutiles entendimientos ni playas privilegiadas. En realidad, Lina lo vería claro después, Berenice tenía miedo, de que Dora quedara encinta, de que alguien la descubriera, o tal vez, muy probablemente, de que aquella pasión terminara en el desastre. Porque Berenice sabía por experiencia que cuando los blancos se ponían a amar rondaba en el aire la tragedia, incapaces como eran de aceptar las cosas más simples de la vida y tan dados a complicarlas con ideas completamente ajenas al súbito, mágico, efímero deseo de acostarse junto a alguien y reír y tocar y dejarse tocar hasta que el cuerpo se prendía como un fogón y la sangre estallaba en burbujas de alivio. Así lo decía cada noche, cuando sentada en las gradas del pórtico con su pañuelo apestando a Menticol en la frente, veía a Dora alejarse por el camino que conducía a la playa. (P. 60).

(...) De ordinario, a Berenice le regocijaba cualquier incidente que viniera a confirmar la pésima opinión en la cual tenía a los blancos, pero como Dora gozaba de su simpatía la noticia la llenó de horror y echó a correr hacía la casa quitándose las chancletas para mejor sostener la considerable carga de su cuerpo. Así la vio llegar Lina, descalza y jadeando, sus senos, grandes como melones, sacudidos por espasmos bajo la blusa de florecitas y en sus ojos, no en sus pupilas, sino en el globo blanco de los ojos que gira y se extravía cuando los negros tienen miedo, una expresión despavorida, nublada por las lágrimas apenas logró recuperar la voz y se puso a hablarle a Lina de locos, asilos y ambulancias, atropelladamente, en medio de gritos y requiebros que su abuela cortó por lo sano al entrar en el salón y pedirle que se explicara con serenidad. (P. 108).



7 Hombres de estas tierras

Hay algo de patético en los modelos para los hijos del patriarcado. Por una extraña geometría simbólica, la luz que alumbra el modelo engrandece a unas figuras pequeñas que parecen ser enormemente grandes. Desde que el Dios hombre creó a Adán a su imagen y semejanza y a Eva a imagen y semejanza de Adán, algo se fue perdiendo por el camino y lo que le llegó a Eva fue la imagen invertida de un espejo. Adán fue el comienzo, el origen, el espermatozoide primero; el que manda, ordena, actúa, guerrea. Obligado a ser la razón del universo se pierde en medio de sus emociones y muchas veces para amar golpea.

Los personajes masculinos que aparecen en esta novela, en su mayoría, cabalgan en el brioso animal llamado patriarcado. Son egocéntricos, violentos, manipuladores, indolentes, siguen religiosamente lo que su pene les dice.

Mirad lo que los hombres han hecho de sí mismos, nos cuenta Marvel Moreno.

Víctor era hijo natural de un importante ganadero de Bolívar, cuyas tierras cruzaban la frontera a partir de la cual los hombres dejaban de insultarse para batirse a cuchilladas. Reconocido ante la ley por su padre, de quien había heredado el carácter alevoso, Víctor cursó los estudios secundarios en Cartagena, y sus calificaciones indujeron al ganadero a enviarlo a la capital a fin de hacer de él un abogado que se encargara de defender gratuitamente sus propiedades contra la invasión de campesinos. Pero Víctor ni siquiera pasó los exámenes del primer año de Derecho, pues encontraba más divertido frecuentar bares y mujeres de vida ligera que asistir a los cursos de la universidad. De todos modos, sus profesores y condiscípulos prefirieron muy pronto evitar su trato: en la pensión donde se alojaba tenía fama de ladrón, y luego se le acusó de haber matado a sangre fría a un viejo usurero que le exigía el pago de una deuda. Aunque no fue denunciado,

Víctor juzgó prudente alejarse un tiempo de Bogotá; (...) el caso fue que regresó a Bogotá lleno de dinero y enfermo de un mal rebelde a los antibióticos conocidos. Contaba entonces unos veintitrés años, pero parecía mucho mayor a causa de las arrugas de su cara; estaba casi calvo y tenía los dientes podridos: los dentistas le producían horror. Cuando el ganadero se enteró de sus andanzas lo amenazó con irlo a buscar él mismo a la capital acompañado de un guardaespaldas reputado por su destreza en el manejo del fuete. Sin más tardar, Víctor se inscribió en la Universidad Libre: allí aprendió el marxismo de cartilla, se descubrió víctima de la sociedad y encontró en las manifestaciones estudiantiles un modo honorable de soltarle la brida a su violencia. En otras circunstancias se habría convertido en hampón, la gracia del marxismo lo había vuelto revolucionario. Sus condiscípulos jóvenes lo consideraban un héroe, los líderes estudiantiles lo miraban con desconfianza. Naturalmente el Partido Comunista decidió enrolarlo, pero Víctor no aceptaba ninguna forma de disciplina y, cuando sus camaradas de célula le pidieron formular una autocrítica, aprovechó la primera oportunidad para tratar en público a los pacos de cobardes gritando por un micrófono que la revolución era un asunto de hombres, y de hombres con cojones, olvidando el averiado estado de los suyos. Poco importaba, nadie se habría atrevido a recordárselo. Por entonces había adquirido una reputación de matamoros y conducía en las manifestaciones a los estudiantes más exaltados y dispuestos a enfrentarse con cuchillos a la policía. Lo ficharon, acusó a los comunistas de delación y pasó de la Libre a la nacional. Durante un tiempo se perdió de vista, y luego entró a formar parte de un grupo de trotskistas virulentos cuyas ideas adoptó en un santiamén. Como la lucha armada tenía necesidad de fondos asaltó la pequeña sucursal de un banco y se vio obligado a refugiarse en la clandestinidad; entonces sus nuevos camaradas descubrieron un aspecto singular de su carácter: el placer de seducir a sus mujeres aprovechándose de la hospitalidad que le ofrecían y de la miseria sexual a la cual las condenaba el puritanismo de la revolución. (P. 413).

En realidad, y esto fue quizá lo que más envenenó a doña Eulalia, su marido era un amante malicioso que gozaba excitando a las mujeres y sabía tocarlas y acariciarlas el tiempo necesario para provocarles el placer, aparentemente con la condición de que fueran sirvientas. De ello doña Eulalia tuvo la prueba a los cuarenta días del nacimiento de Dora, cuando después de haber pasado un embarazo infernal y un parto a través de cuyos dolores pagó lo hecho y lo por hacer, se levantó de su lecho, tomó una ducha, se puso un vestido de anchas hombreras

y una peineta en el pelo, y esperó que el ruido del motor en el garaje anunciara la llegada de su marido para atravesar la galería en puntas de pie y darle la sorpresa de verla levantada. Lo más probable era que el sigilo con que recorrió la galería correspondiera a otra razón, pues, presionada por Lina, doña Eulalia admitiría, en efecto, que durante la cuarentena le había asombrado comprobar la media hora transcurrida desde que se oía el ruido del motor y el momento en que su marido entraba al cuarto para saludarla, pero en todo caso, y esto a Lina le pareció verdad, no había imaginado, ni siquiera sospechado el espectáculo que se ofreció a sus ojos al acercarse a la puerta interior del garaje: el doctor Juan Palos Pérez, aquel marido que la había embarazado sin miramientos, en un dos por tres, y alegando la protección del bebé se había abstenido de tocarla a lo largo de nueve meses, tirado en el suelo, junto al Ford, sobre la sirvienta y, oh, infamia, vergüenza, humillación, acariciándola con el alevoso ritmo, la perversa insistencia, la irresistible tenacidad de la cual es capaz la mano de un hombre cuando se propone descorrer el último velo del recato femenino aunque en opinión de doña Eulalia aquella sirvienta no tuviera recato alguno. (P. 45)

A Andrés Larosca no le habría costado el menor trabajo suponer la presencia de Dora en la fiesta, y si tanto le molestaba encontrarla delante de su familia, entonces abstenerse de ir enviando solos a su mujer y a sus hijos, en lugar de poner aquella cara cuando las vio aparecer después del almuerzo y sentarse en la mesa vecina en compañía de otros amigos. Saludó a Dora con un gesto glacial y a ellas apenas si se dignó mirarlas. Aparentemente su indiferencia respondía a su prudencia elemental destinada a ahuyentar cualquier sospecha de la mente de su esposa, pero en realidad, descubriría Lina una hora más tarde, Andrés Larosca estaba furioso. Ver a Dora allí, en la mesa de al lado, junto a su familia, le resultaba intolerable. Quizá por haber aceptado ya el juicio de los hombres, y entonces después de varios meses de relaciones continuas y remuneradas (aquel salario habría pagado tres secretarias capaces al menos de teclear en la máquina de escribir sin faltas de ortografía), Dora no era más que el pájaro apresado, la seducida quinceañera, la aventura, la emoción, el riesgo, una simple querida. Y la querida, estando asociada allí a la mujer de color, mulata-negra-sir-vienta-puta, y perteneciendo así a la clase inferior de modo visible, no había tenido nunca el estatuto social de la hetera o de la maitresse, le había oído comentar Lina a su abuela varias veces, sobre todo cuando cerraba uno de aquellos novelones que se hacía enviar regularmente de Francia y a través de los cuales parecía encontrar la nostalgia de remotos amores ya olvidados. (P.69),

Y sin embargo Benito Suárez se enamoró de Dora, justamente de Dora, o se interesó en ella, o fue subyugado por ella, o como se quiera. La cosa es que después de hacerle el amor en el asiento posterior de su Studebaker descubriendo que otro hombre había mancillado su pureza, diría, le dio latigazos para obligarla a arrepentirse y confiarle el nombre de aquel hombre, y en lugar de abandonarla y no verla más nunca manteniendo así una conducta consecuente con aquellas teorías de fuerza de carácter y desprecio de la mujer, que tan caras le eran, Benito Suárez siguió buscando a Dora desesperadamente, gozándola y haciéndola gozar en medio de escenas turbulentas, empezando a dar muestras de lo que ya Lina llamaba su desequilibrio, pues sólo a un loco podía ocurrírsele colocar su honor, no en el sexo de una mujer -eso era todavía moneda corriente entre los hombres de Barranquilla- sino en lo que aquel sexo había hecho seis meses antes de ser penetrado por él, conocido, imaginado, incluso resolviendo lavar la ofensa recibida yendo a afrontar a Andrés Larosca con el revolver que siempre guardaba en el estuche de su Studebaker, lo cual suponía ni más ni menos que una persona puede recibir un agravio con seis meses de anticipación sin ser conocida por quien la insulta y sin que el ofensor haya tenido la menor intención de insultarla. (P. 82).

Lina, que pasaba todos los años un mes de vacaciones en Puerto Colombia, sabía más de cuatro cosas sobre aquel cura y sus tempestuosos sermones, pero sólo viéndolo en la plaza del pueblo junto a Benito Suárez y Jerónimo Vargas comprendió el parentesco que a ellos los unía, o más precisamente, tuvo la impresión de que formaban parte de la misma especie de hombres, pues los tres eran fuertes, no robustos sino anchos y musculosos, y bellos, y aparentemente dispuestos a realizar cualquier extravagancia que les cruzara por la mente así hubieran de llevarse de cuajo lo que fuera. Como cada uno debía reconocerse en el otro, no parecían tener necesidad de muchas palabras para entenderse, secundarse o entrar en complicidad, así que sin mayor demora el cura aceptó recibirlos en la iglesia, cerrar la puerta y confesar públicamente a Dora y a Benito Suárez, mejor dicho, hacer contar a Dora en voz alta los secretos de su vida sexual, revelándoles a los allí presentes, al menos a ella, Lina, que la humillación de un individuo es sobre todo humillación de los demás, los que la provocan o la observan, o como dijo doña Giovanna Mantini interrumpiendo aquella mascarada, de quienes de algún modo participan en ella. (P. 96).

Porque Benito Suárez no tenía costumbre de hacer balances de ninguna clase ni parecía advertir que su conducta podía definirse en términos de repetición, continuidad y aceleración en la gravedad de los actos a través de los cuales se expresaba su violencia, negándose por orgullo a admitir los elementos irracionales que contenía, si acaso, ofreciendo una explicación medio fantástica, en la que al principio no creía del todo, pero que terminaba por aceptar sin reservas y defender empecinadamente, es decir, buscando para sustentarla unos argumentos incomprensibles, a veces esotéricos, relacionados con supuestas teorías científicas de cuya veracidad sólo él se decía en medida de dar razón. (P.100).

HOMBRES DE ESTAS TIERRAS

(...) Benito Suárez quería un hijo, otro, un verdadero descendiente suyo que no llorara como Renato cuando lo llevaba al matadero municipal a ver degollar las vacas a fin de endurecer su carácter, ni tuviera crisis de nervios si a él se le antojaba patear a Dora, machetear a un campesino o disparar sobre una perra. (P.106)

Instalada en la ventana de esa oficina adonde ningún hombre que cargara más de cien pesos en el bolsillo había entrado jamás, Lina vería a su padre remontar la calle San Blas en su blanco vestido de lino, milagrosamente limpio, milagrosamente fresco entre aquel calor de plomo que derretía el asfalto, sonriéndoles a mendigos, emboladores y vendedores de chucherías y seguramente a todos llamándolos Lucho porque eran demasiados sus nombres para poder recordarlos todos. Oiría el jadeo del ascensor que lo subía a la oficina, el tono alegre de su voz al saludarla, el chirrido de la silla giratoria cuando tomó asiento en su escritorio bajo el quejumbroso aleteo de un ventilador suspendido en el cielo raso, y sorprendida, casi perpleja, observaría su expresión de gravedad a medida que ella le contaba lo que sabía sacando de su bolso la prescripción de Jerónimo Vargas. Pues esa vez no hubo bromas, ni burlas, ni el menor asomo de escepticismo. La cara de su padre se había cerrado en un gesto duro, que sólo tres veces Lina le vería y que siempre vería con miedo: una especie de fijeza, los músculos tensos, los ojos achicándose peligrosamente hasta convertirse en puros destellos de ira. Sin pronunciar una palabra ni detenerse a mirar la prescripción desplegada por ella sobre el escritorio, su padre se puso a marcar con lentitud un número en el teléfono y cuando la voz de Benito Suárez apareció al otro lado de la línea, Lina le oyó decir en un tono que la cólera hacía reposado: "Mire, Benito Suárez, si usted mete a Dora en casa de los locos, yo lo meto a usted en la cárcel. Usted sabe que puedo hacerlo". Y ahí quedó todo pues su padre colgó la bocina sin tomarse ni siquiera el trabajo de esperar una respuesta. (P. 111).

Catalina no tenía necesidad de ser ayudada y por esos días evitaba su presencia hasta el punto de negarse a pasarle al teléfono: había decidido al fin casarse con Álvaro Espinosa, un hombre taciturno de tez macilenta, que parecía animado por un desprecio incomprensible hacia la humanidad. Durante meses Catalina se había burlado sin misericordia de él rechazando sistemáticamente sus invitaciones y repitiéndole a ella la impresión que le producía: en su cara de mulato decía encontrar un brillo grasiento, sus manos estaban siempre sudadas y del no muy limpio cuello de su camisa salía el olor que despedían las negras sotanas de los curas. Todo aquello era verdad, pero a juicio de Lina sin importancia en comparación con las ideas de Álvaro Espinosa y su perversa obsesión de desposar a Catalina. Pues había algo de insano y mucho de inquietante en su indiferencia a los desaires que de ella recibía y, más tarde, en su manera de seducirla corrompiéndola, es decir, ofreciéndole su autoridad y sus relaciones para imponerla a la sociedad que con saña la había humillado castigando en ella a la hija de Divina Arriaga. (P.166).

A excepción de su pequeño núcleo de amigos, la mayor parte de la gente era definida por Álvaro Espinosa en función de sus hipotéticos rasgos patológicos y todos los hombres y mujeres que se acercaban a Catalina entraban en la categoría de impotentes y homosexuales. Como nunca antes había escuchado tales palabras y a duras penas podía comprender su significado, Catalina lo escuchaba más bien perpleja, vacilando entre asimilarlo a un enfermo o imaginarlo una especie de brujo que la iniciaba en los secretos de la vida con la misma sagacidad desdeñosa que había mostrado cuando decidió imponerla a la sociedad barranquillera. Sus teorías psicoanalíticas la intrigaban sin del todo convencerla, pues, no habiendo conocido a su padre ni a hombre alguno en aquel internado de Lausana, difícilmente podía concebir el incesto, y como sólo a los quince años había visto por primera vez a un hombre desnudo, le resultaba imposible considerarse a sí misma acomplejada desde la infancia por carecer de órgano masculino. No obstante su confusión, aquellas afirmaciones de Álvaro Espinosa iban lentamente despertando en ella una sexualidad mantenida hasta entonces adormecida, en parte involuntariamente, dada su condición de hija única y alumna de monjas enclaustradas. (P. 202).

Justamente Catalina ignoraba el poder de la palabra, mientras que Álvaro Espinosa lo conocía en sus más oscuros meandros puesto que de ella había hecho su instrumento favorito y por su conquista había pasado años estudiando en una universidad de jesuitas, y luego, cuando juzgó que los jesuitas le habían enseñado cuanto sabían sobre el arte de disimularse a sí mismo y desenmascarar a los demás, trabajando en un hospital de alienados en París, discreto y en apariencia inofensivo, pero alerta con todos sus tentáculos desplegados para captar hasta el último secreto de esa formidable invención que traicionaba el alma permitiendo a quien supiera utilizarla desvelar los sentimientos, prever las reacciones, quebrar la voluntad. (P. 206).

De todas aquellas experiencias le había quedado la profunda convicción de que las mujeres existían para pervertir el carácter del hombre desmantelando su dignidad en los burdeles o exasperándolo cuando se refugiaban detrás de los sinuosos velos del matrimonio y a través de mil subterfugios escapaban a su control. Él, Genaro Espinoza, no comprendía muy bien ciertas cosas de la vida y según lo repetiría incansablemente años después en sus delirios de alcohólico, pensaba que siempre lo habían traicionado. Quizá aludía, aun si prudente su conciencia no guardaba de ello el menor recuerdo, a la remota traición de la cual fueron víctimas sus ancestros judíos, quienes renegando de sus creencias para escapar de la inquisición habían sido tan hostigados que terminaron buscando el anonimato en Cartagena. (P. 219).

(...) Genaro Espinosa nunca dejó de responsabilizar a las mujeres de todos sus sinsabores, pues a través de ellas la desdicha le había golpeado, desde su nacimiento en el vientre de la intrigante mulata que en mala hora sedujo a su padre hasta su matrimonio con esa esposa escurridiza cuyo cuerpo se cubría de ronchas al menor contacto haciendo de él el hazmerreír de Cartagena. (P. 220).

Al igual que Catalina, Fernanda creía que la psiquiatría atraía a quienes temían ser presa de una locura latente, construyendo su vida alrededor de las obsesiones de los otros para minimizar la importancia de sus propios desvaríos. De acuerdo con ese esquema había comprendido muy pronto lo que estaba en juego; herir de muerte a Álvaro Espinosa obligándolo a enfrentarse a su homosexualidad. Y como conocía de sobra los modelos de raciocinio en cuyos rieles los psiquiatras lograban guardar el control de cada situación, se encerró en un mutismo destinado a despertar su curiosidad sin dejarse aprehender, insinuándole apenas que ella sólo lograba alcanzar el placer a través de las prácticas por las cuales era conocida. (P. 267).



8

Ser ser humano

Fuimos arrojados al mundo por un dios traicionero, vivimos intentado ser racionales en un planeta que no se mueve por nuestra lógica disminuida. Aunque nademos no somos peces y aunque viajamos en avión no podemos volar ni somos pájaros. Estamos agobiados entre el placer que llevamos dentro y el deber que viene de afuera. Nacemos solos sin saberlo y morimos solos sabiéndolo. La muerte nos asusta y el miedo nos inmoviliza. Un grupo de microbios que se creen eternos, somos maravillosos y patéticos. Eso lo asegura también Marvel Moreno.

Porque la Biblia, libro que a ojos de su abuela encerraba todos los prejuicios capaces de hacer avergonzar al hombre de su origen, y no sólo de su origen, sino además de las pulsiones, deseos, instintos o como se llame, inherentes a su naturaleza, convirtiendo el instante que dura su vida en un infierno de culpabilidad y remordimiento, de frustración y agresividad, contenía también la sabiduría propia al mundo que había ayudado a crear desde los tiempos en que fue escrito, razón por la cual había que leerlo cuidadosamente y reflexionar en sus afirmaciones por arbitrarias que pareciesen hasta comprender a fondo el cómo y el porqué de la miseria personal y de la ajena. Así que cuando un acontecimiento cualquiera agitaba la empañada, aunque a primera vista serena superficie de existencias iguales que hacía más de ciento cincuenta años formaba la élite de la ciudad, su abuela, sentada en una mecedora de mimbre, entre la algarabía de las chicharras y el aire denso, amodorrado de las dos de la tarde, le recordaba la maldición bíblica al explicarle que el suceso, o mejor dicho, su origen, se remontaba a un siglo atrás, o a varios siglos atrás, y que ella, su abuela, lo había estado esperando desde que tuvo uso de razón y fue capaz de establecer una relación de causa a efecto. (P. 19).

Si Darwin no se había equivocado y había en efecto un proceso de selección natural, parecía acertado pensar que los hombres actualmente en la vida eran

EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL.... SER SER HUMANO

descendientes de aquellos cuya violencia o crueldad -hoy defectos, ayer virtudes les había permitido masacrar convenientemente a sus adversarios transmitiendo así a sus hijos un patrimonio genético susceptible de despertar en las mujeres la más sana desconfianza: que apedrearan a los pájaros, arrancaran las alas de las moscas o descuartizaran el cuerpo de las lagartijas correspondía pues a tendencias estimuladas por la selección en el pasado que la sociedad presente no había encontrado el medio de inhibir, pues seguía tolerando el dominio del más fuerte y aceptaba que la arbitrariedad y la injusticia fuesen el pan de cada día. Sin embargo a los hombres se podía domesticarlos, es decir, enseñarles con el concurso de cualquier religión o ideología, o incluso -y esto, aunque utópico, parecía a su abuela preferible- con la simple demostración, que la solidaridad se justifica en la medida en que todos hemos partido del mismo principio y vamos a reventarnos con el mismo final, a ser menos agresivos haciendo de ellos, de algunos al menos, esos inofensivos soñadores que se enamoran, escriben libros, componen música o descubren la penicilina. Pero no odiarlos. Odiarlos no tenía sentido. No se detesta al puma que mata a la vaca o al gato que ataca al ratón: se le comprende tratando de meterse en su piel de puma o de gato, de compartir con él en la medida de lo posible un espacio y un tiempo de vida: sólo se le destruye si intenta destruirnos. (P. 39).

Al principio no había sido el verbo, decía su abuela, porque antes del verbo había habido la acción y antes de la acción el deseo. En su origen cualquier deseo era y sería siempre puro, anterior a la palabra, ajeno a toda consideración de orden moral; tenía en sí mismo la facultad de equilibrarse, poseía de manera natural un preciso y certero mecanismo de regulación. Pero como para sobrevivir el hombre había debido tolerar la vida en comunidad, y como la vida en comunidad suponía la existencia de deseos individuales convergentes y divergentes, es decir, capaces de asociar o disociar, de construir o destruir, de hacer reinar la armonía o provocar el caos, había sido necesario inventar una estructura de valores adecuada a cada circunstancia, y el deseo, perdiendo su primitiva inocencia, entraba así dentro de las categorías del bien y del mal. Por eso el hombre sólo podía inspirar lástima, porque era el único ser que para vivir moría dos veces; porque de una de sus muertes tenía la más terrible conciencia, y de la otra, el más insensato olvido: empezaba a morir antes de nacer y lo sabía, moría al empezar a vivir y lo ignoraba: ignoraba que su vergüenza ante el deseo ignorado, su dolor frente al deseo reprimido, aquella intolerable sensación de vacío que acompañaba su diaria,

repetida, infinita frustración, era un precio; un simple trueque, un intercambio; no tenía más valor que el acto de comer o de beber, y como la vida, carecía de sentido, puesto que el sentido de la vida no nos sería nunca revelado. Pero si a pesar de todo uno se empeñaba en seguir viviendo, mejor comprender entonces que los problemas surgidos al enfrentar el deseo a la realidad social podían superarse si no se perdía de vista el carácter relativo de sus preceptos, las ventajas que muchas veces su represión ofrecía, y sobre todo, si se lograba nadar con una cierta habilidad para deslizarse entre las aguas prohibidas sin irse de bruces contra las sanciones ni dejarse alienar por la propia rebeldía. En otras palabras, que cada individuo, según su vitalidad, su avidez, su temperamento o su capacidad de afrontar el riesgo, estaba obligado a encontrar un nuevo equilibrio entre las exigencias de sus deseos y los imperativos de la realidad. Y era allí donde se jugaba todo. Pero eso casi nadie lo sabía. (P. 65).

Aunque ninguna definición de las conocidas por su abuela lograba expresar la verdadera esencia del instinto, ni las diferentes etapas a través de las cuales iba modificando la percepción, la sensibilidad y el comportamiento hasta transformarse en acción, parecía sensato suponer que las pulsiones venían de muy lejos cumpliendo con la simple misión de mantener la vida, lo cual explicaba su fuerza, la secreta energía que las hacía surgir violentamente cuando ya no eran necesarias dentro del contexto social y sólo podía inspirar horror o perplejidad. Para su abuela había instintos antagónicos, repartidos desigualmente entre la gente, acentuados o inhibidos por las circunstancias y la experiencia. Pero si cada quién estaba en su derecho al distribuirlos sobre una escala de valores condenando los asociales o prefiriendo aquellos que formaban la base de un comportamiento altruista, no era inteligente valorarse en función de los que nos habían tocado en suerte, pues no correspondían a ningún mérito personal o designación divina, sino al más arbitrario capricho del azar. (P. 91).

Si alguna duda le quedaba a tía Eloísa de que el hombre era una especie condenada a desaparecer del planeta se había esfumado el 7 de agosto de 1945, cuando todavía en la cama, adormilada entre sus gatos birmanos y bebiendo su primer jugo de tamarindo, leyó en un diario local que una bomba atómica había sido arrojada sobre Hiroshima. Pensó, no que la demencia humana había alcanzado su paroxismo –eso había ocurrido infinidad de veces a lo largo de la historia– sino que parecía imposible ya detener el proceso que conducía a la especie al suicidio,

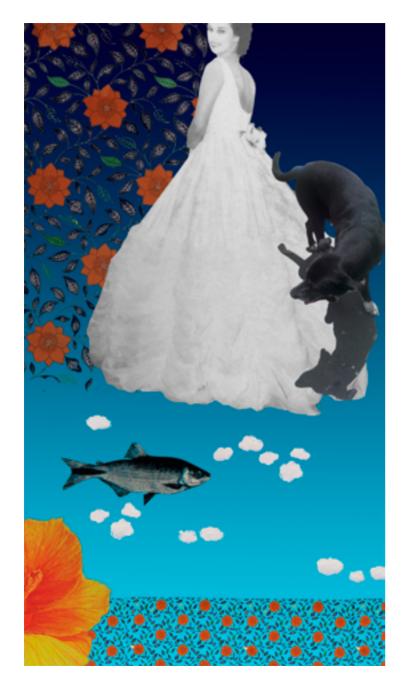
EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL... SER SER HUMANO

es decir, contar con el tiempo necesario para cambiar radicalmente la estructura de una sociedad que al consagrar la violencia como modo de acción preparaba en la ignorancia su propia ruina. Al cerrar el periódico creyó oír el tañido de las campanas que doblaban por el fin de la esperanza anunciando que las nefastas fuerzas de donde había surgido el patriarcado coronaban su obra de desolación y que el mismo demonio que había impulsado al hombre a luchar por el poder, le había dado con ironía el poder de destruirse. (P. 205).

Había habido ciertamente un paraíso, decía a veces tía Eloísa imperturbable en su poltrona de terciopelo azul turquí, sin que Lina supiera bien si su comentario resumía una reflexión o un sueño, porque sucedía siempre a uno de esos silencios en los cuales se aislaba a la caída de la tarde, cuando sus hermanas partían y los ventiladores traían al salón fragancias de esencias moribundas. Un edén recordado con nostalgia, insistía sonriéndole a Lina al advertir su desconcierto, cuya existencia no debía buscarse en el espacio, sino en los tiempos de una antigua conciencia que no distinguía aún el yo de la unidad. Quizá entonces, dolor y miedo se compartían, el amor de sí mismo se extendía a los otros, el fin de uno era resentido como muerte por los demás. No ya animales, no todavía hombres, los seres donde esa conciencia latía se desplazaban sin saberlo en busca de un conocimiento que iría a darles el predominio sobre la tierra, pero también, la soledad. Y la diferencia. Y las enajenaciones necesarias para que en función de cualquier jerarquía unos mandaran y otros obedecieran. Entonces los hombres habían sido desdichados: no sólo por la ciega añoranza de un pasado tan perdido que se convertiría en leyenda, sino además porque al alcanzar aquel nivel de inteligencia entraban en la terrible contradicción de individuos libres, capaces de pensar su libertad, pero obligados a someterse a la voluntad ajena, vacilando siempre entre el orgullo de rebelarse gracias a su lucidez, y la negligencia de extraviarse en los vértigos de la alienación: Mucho habían tanteado para encontrarle una salida a ese conflicto inventando formas de sociedad en las cuales el ejercicio del poder se concentraba o se diluía según necesidades momentáneas como un último fulgor de la primitiva sabiduría, hasta desembocar al fin en aquel patriarcado donde se cristalizaba la patología específica del hombre que, olvidando su condición de mortal, corría detrás de ilusorios honores sembrando a su paso dolores y miserias. (P. 257).

Los dos hermanos se pelearon a puño limpio mientras empleados y secretarias corrían como gallinas buscando dónde esconderse; los papeles volaban, se desparramaban los archivos cuyos documentos servían de proyectiles. La crisis le había comunicado a Jean-Luc una fuerza descomunal y, después de romper una silla y volcar contra el suelo el escritorio de Javier, se había apoderado de un cortapapeles atacando a su hermano con mañas de cuchillero. Pero a Javier parecía divertirle la situación; no sólo no perdía su sangre fría, sino que además azuzaba la furia de Jean-Luc tratándolo de loco y de frustrado sexual. Ni siquiera la llegada de Gustavo Freisen logró apaciguar los ánimos; siguieron batiéndose en nombre de un odio acumulado durante años y en el cual Beatriz era apenas el pretexto: luchando, hiriéndose, insultándose hasta que Javier logró desarmar a Jean-Luc y de una última trompada lo dejó inerte entre un revoltillo de papeles. (P. 397).

Al principio no había advertido aquella tara, protegido del mundo exterior entre los brazos de la negra que lo cuidaba con la ternura animal que en ese entonces sólo una negra era capaz de sentir por un niño; muy poco lo diferenciaba de su hermano de leche, hijo de un aventurero holandés, a quien los caprichos de la genética habían dado una tez más clara que la suya y un rostro de facciones regulares. Todo cambió, sin embargo, cuando la negra murió, y el extranjero se hizo enviar a Henk, y él entró a un colegio donde, a la indulgencia sonriente de los negros, se oponían el orgullo y el espíritu de competencia de los blancos, a la constitución enfermiza heredada de su madre, la rudeza de los muchachos educados por los soldados de Cristo; brutalmente fue obligado a adaptarse a otro modelo, y quizá porque el modelo lo excluía, adoptó con obstinación sus valores; mientras más los interiorizaba, más las crisis de asma lo demolían, pero solo así podía integrarse al mundo del poder y ganar el afecto de su padre, la única persona dispuesta a quererlo aunque no sin condiciones, es decir, no sin que hiciera el esfuerzo de darle a su apellido una respetabilidad obtenida hasta entonces por procuración y elevarse a las dignidades que, a pesar de su matrimonio con una Del Real, a su padre le habían sido escamoteadas. Él, Álvaro Espinosa, no lo sabía. Él entraba ahora por la puerta principal de su casa seguido de un muchacho negro que cargaba sus enseres y subía muy erguido la alfombrada escalera que como una serpentina roja conducía al segundo piso donde su madre reposaba tomando una tisana con sus amigas; corría una cortina de cuentas de cristal y se inclinaba frente a ella besando ligeramente la punta de sus dedos huidizos antes de oírle preguntar si sus crisis de asma no le habían impedido obtener buenas notas en el colegio. (P. 215).



9

Casarse y morir un poco

Una ceremonia de boda une a un hombre y a una mujer con sus familias. Tías, suegros, suegras, primos, hermanas, tías solteronas, nueras chismosas. Si ya la relación entre dos es compleja, cuando se extiende adquiere niveles de guerra.

El matrimonio, según el patriarcado, según la Iglesia, según la costumbre, es un camino que debemos transitar todos: no importa el precio, no importa el lugar. Los solteros y las solteras se convierten en una amenaza contra la monogamia.

Mucha gente asegura que el amor acaba con el deseo. Que la rutina mata. Que me casé por conveniencia y me aguanto por resignación. Que ella tenía mucho dinero y yo mucha ambición. Que ella no era lo que yo esperaba. Que él no sabe hacerme el amor.

Mucho se ha dicho del matrimonio. La verdad es que jurar que se va a amar a alguien toda la vida genera mucho miedo.

Su fertilidad demostrada sin discusión posible, sus deberes conyugales terminados a Dios gracias, la señora Freisen abrió contra su marido un combate sordo pero implacable que iba a durar hasta su muerte. Las primeras hostilidades se habían manifestado al nacer Javier, cuando decidió criarlo sola, sin acudir a las niñeras que se habían ocupado de los mayores, y mimarlo, y levantarse de noche si lloraba, enfureciendo a su esposo, quien insistía en darles a los niños un tratamiento espartano desde la cuna; algo tan banal como manifestarle ternura a un bebé o disipar sus terrores nocturnos constituía ya un desafío a la autoridad patriarcal y una manifestación de independencia para Odile Freisen. (P. 349).

Todo había marchado sobre ruedas durante años, mientras Odile Kerouan fue la dócil y agra decida sierva de su esposo. Cuando el rencor comenzó a germinar en ella y se enfrentó a aquel hombre codicioso y de sangre glacial como un tiburón, descubrió que podía resistirse a sus embestidas negándose a firmarle cheques o documentos; al igual que Álvaro Espinosa, Gustavo Freisen había subestimado la posible evolución de una mujer desposada por cálculo y no sin desprecio. (P. 350).

Beatriz era ya otra persona: después de atravesar los huracanes de la pasión se había refugiado en la granítica virtud de su adolescencia perdiendo toda viveza de espíritu. Aquel repliegue había conocido diferentes etapas y de él, Javier era en cierta forma responsable: Beatriz lo atribuía simplemente al matrimonio. Para ella el problema había comenzado a las doce horas de haber perdido su virginidad, cuando empezó a sentir dolor de cabeza y náuseas inconcebibles. Saberse embarazada, le había dicho por esos días a Lina, y obligada a casarse contra su voluntad, había bloqueado en ella toda capacidad de deseo y hasta el deseo mismo de vivir. Algo de verdad había en su afirmación, pues doce horas después de violarla, Javier recibía una llamada telefónica de los hermanos Avendaño a fin de fijar la fecha de un matrimonio que debía realizarse lo más pronto posible y en la más estricta intimidad. (P. 406).

Él se había casado por deber, le afirmaba a Maruja, pero el matrimonio le daba ciertos derechos. Y he aquí que su esposa le había negado durante meses el acceso al lecho conyugal pretextando su temor de perder el bebé en un aborto; luego, a los cuarenta días del nacimiento de Nadia, cuando intentó nuevamente gozar de sus prerrogativas, encontró un cuerpo contraído y glacial cuya posesión terminó maltratándole su propio miembro y provocando un segundo embarazo que volvió a reducirlo a la castidad. (P. 411).

Por celos la había encerrado desde el principio en su casa de Puerto Colombia buscando evitarle la tentación de ceder a las caricias de otro hombre capaz de adivinar el complejo mecanismo de su deseo. Así lo dejaba entrever cuando la insultaba en sus momentos de cólera, confusamente, rozando apenas la zona prohibida del fantasma; un fantasma frente al cual retrocedía chocado de infligirle semejantes vejaciones a la madre de sus hijos, le había dicho a Maruja el día de la discusión, pero, en el fondo, furioso de deber recurrir a artimañas para obtener lo que en principio le pertenecía por obra y gracia del matrimonio. Beatriz ter-

minó comprendiendo la verdad: lo que estaba en juego era la muerte definitiva de su placer. (P. 412).

Pero el matrimonio santificaba con sus embarazos y fiestas de familia, y Benito Suárez se había obstinado en reducir a Dora a un cuerpo sin vida como si la excitación que ella representaba le resultase demasiado excesiva o enervante, o tal vez, por haber caído sin darse cuenta en la contradicción del hombre que no puede respetar a la mujer deseada, ni se atreve a desear a la mujer amada, o más precisamente, a la que pasa ante los otros por su esposa y madre de sus hijos. (P. 93).

Ella había aceptado el matrimonio con el mismo desorientado abandono que su madre, doña Eulalia del Valle, había admitido el suyo, aunque por diferentes razones, atribuyéndole el carácter sagrado que enseñaba el catecismo, reconocía la sociedad y afirmaba enfáticamente aquel cura de Puerto Colombia, amigo de Benito Suárez, que la había casado: Y a partir de esta premisa ninguna acción de rechazo era posible, más aún, ninguna pregunta, ningún examen o vacilación, ya que invariablemente cualquier razonamiento conducía a poner en tela de juicio las bases de una unión concebida a priori como eterna e inviolable. (P. 114).

Seguro de sus fueros terminó esgrimiendo la amenaza de un divorcio que, además de cortar de cuajo las ambiciones sociales de Genaro Espinosa, podría abrir serias dudas sobre su virilidad excitando la malevolencia de quienes se negaban a olvidar el ultraje que su esposa le había infligido cayendo desmayada en plena boda al enterarse de la muerte de un jovenzuelo treinta años menor que él, y encima de todo, dando a luz a un sietemesino para que su paternidad quedara en duda y provocara aquellas miradas socarronas que creía advertir en los socios del Club Cartagena cuando lo veían deslizarse en los salones, demasiado obsequioso o en exceso reservado, pero siempre alterando de algún modo, decía tía Eloísa, la justa combinación de indiferencia y cortesía que constituye la urbanidad. Así que se encontró obligado a soportar un matrimonio blanco junto a una esposa a quién nada podía reprochar, pues ninguna atracción parecía sentir por los hombres y atendía su casa con virtudes de matrona. Él se vengaba a su manera parrandeando ostentosamente cada noche en los burdeles y sacándola apenas para las recepciones sociales y sólo entonces aumentando la minúscula mesada que la condenaba a beber un vaso de agua de panela a guisa de comida. (P. 212).

EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL... CASARSE Y MORIR UN POCO

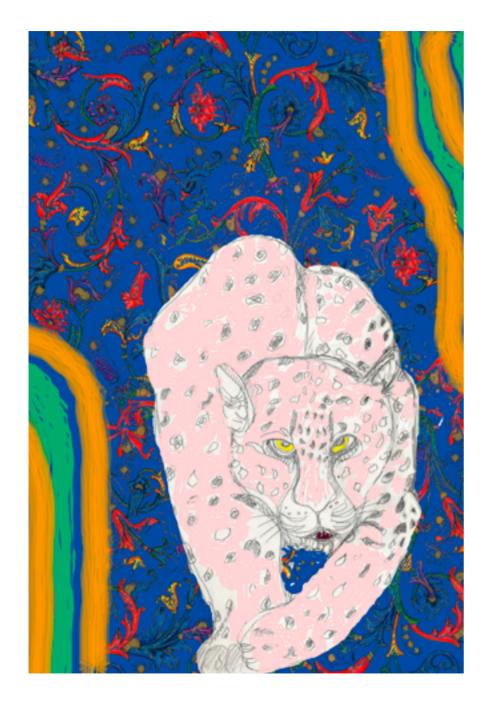
La ceremonia se celebraba al fin, en el Country, con centenares de invitados, en medio del refinamiento que caracterizaba antaño las fiestas de Divina Arriaga –representada esta vez por tía Eloísa–, y Álvaro Espinosa permanecía impávido, insensible a una situación que la mayoría de los hombres allí presentes le envidiaban, mientras Catalina veía surgir sobre las ventanas la intensa luz del amanecer descubriendo vagamente el espectro de la decepción, sin saber muy bien de dónde venía esa imprecisa cólera que a intervalos le punzaba el alma como el aguijón de un animal hasta entonces dormido, no dentro de ella, sino a su alrededor, en cuanto existía en torno suyo y cuya realidad había preferido siempre pasar por alto, y no obstante, mariposa ciega, creyendo todavía escapar a su sino gracias a la protección de las diosas, entidades o hadas que tantos favores le habían otorgado al hacerla nacer tan bella, explicándole a Lina en voz baja que tal vez la extraña conducta de Álvaro Espinosa obedecía a la intensión de no alarmarla con una precipitación susceptible de chocar su sensibilidad. (P. 226).

Catalina intentaba desvelar a ciegas, como si le fuese posible tocar con los dedos los signos grabados sobre una antigua piedra, pero no verlos ni descifrarlos, buscando en vano la salida al dilema donde la había confinado una ceremonia al parecer inofensiva, el matrimonio, que ella asimilaba al laberinto erizado de púas en el cual apenas si podía moverse porque todo gesto, palabra o silencio suyo provocaban de inmediato la crítica hiriente de aquel marido empeñado en convencerla de que le era inferior y estaba obligada a someterse incondicionalmente a su criterio. (P. 234).

Para dominarla Álvaro Espinosa habría debido practicarle una lobotomía porque ninguno de sus esquemas lograba ocultar el hecho de que si realmente la naturaleza hubiese querido limitarla a la reproducción, ella existiría como entidad susceptible de reproducir la especie y nada más, algo parecido a una matriz colgada de los árboles o flotando sobre las aguas. Así que después de casarse con una mujer desprovista de lo que en su propia jeringonza calificaba de superyó, había terminado cediendo a la vanidad de desplegar frente a ella la lógica brillante de su razonamiento como un general que embriagado por el poder de sus armas, la habilidad de sus oficiales, la arrogancia de sus estandartes hiciese desfilar día tras día su ejército delante de un minúsculo adversario pasmado de inquietud y admiración, a quién no obstante, aquella manifestación de fuerza lo obligaba a medir su propia debilidad e imaginar gradualmente los medios de combatirla.

70

Si declararle la guerra era un suicidio en tales circunstancias, la guerrilla de discusiones interminables presentaba en cambio el doble beneficio de exasperarlo a él y mantenerla a ella en un estado de combatividad permanente que, dado su espíritu deportivo –montar a caballo sería su primera actividad apenas nació su hija–, la llevaría muy pronto a pasar de las especulaciones en la biblioteca de Divina Arriaga al deseo de tantear un terreno más concreto, donde el sexo existía no ya en palabras sino en la realidad, y como a juicio de Catalina nadie podía conocer mejor ese aspecto de la realidad que una prostituta, Petulia entró furtivamente en sus vidas. (P. 237).



10

Ese que no soy yo

Ese que no soy yo, pero me desvela con su dedo acusador. Y yo que también soy el otro. Ventanas que miran y se imaginan lo que ven. Ojos redondos detrás de las ventanas. Ese que me impongo y se me impone. El otro que acaricio con mis sueños incluso cuando se convierten en pesadillas.

Ser mirado, analizado, interpretado por los patrones invisibles de la tradición. ¿Estás haciendo lo correcto?, preguntan esos ojos. Acuérdate de la moral de tu familia, murmuran esas palabras. Mira, critica y no dejes vivir a nadie tranquilo dice la moral cristiana.

Su abuela le decía a Lina que la maledicencia comenzaba cuando una persona descubría que alguien había hecho lo que ella había querido siempre hacer (sin aceptarlo), o lo que temía querer hacer (sin saberlo), por lo cual todo acusador condenaba en el otro su propio reflejo como todo inquisidor se perseguía ciegamente a sí mismo. (P. 85).

(...) Veía las luces del vecindario que se encendían de casa en casa, aquellas luces que eran el ojo de la ciudad, siempre alerta y excitado, fijando ya como el lente de una cámara, los detalles de la escena. (P. 85).

Las luces siguieron encendidas después de que Benito Suárez, enrojecido de satisfacción, regresara al Studebaker y se alejara con la misma velocidad que había venido. En las casas vecinas las puertas se abrían y se cerraban, y los curiosos iban y venían por el sardinel vacilando entre comentar el accidente o precipitarse de inmediato a los teléfonos. Era tarde, casi media noche. Sin embargo la historia se desplazaba ya como las ondas de un estanque tocado en su centro por una piedra, y al amanecer, cuando los faroles languidecían entre la claridad del alba y por las calles empezaban a circular los camiones de leche, todo el mundo sabía que durante año y medio Dora había sido la amante de Andrés Larosca.

EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL... ESE QUE NO SOY YO

En realidad, Benito Suárez le había hecho un regalo a la ciudad, aquella ciudad que tenía necesidad de tan poca cosa para hervir de maledicencia. Porque allí todo se sabía. O casi siempre. Lo que ocurría en la intimidad de las casas y en el secreto de los corazones, lo que se callaba o se decía, incluso lo que en los confesionarios se susurraba. Para murmurar cada quién encontraba razones pues la crítica servía de exorcismo o de venganza, sobre todo de paliativo. Su abuela le decía a Lina que la maledicencia comenzaba cuando una persona descubría que alguien había hecho lo que ella había querido siempre hacer (sin aceptarlo), o lo que temía querer hacer (sin saberlo), por lo cual todo acusador condenaba en el otro su propio reflejo como todo inquisidor se perseguía ciegamente a sí mismo. (P. 85).

De ruina se había hablado cuando llegó por primera vez, o más exactamente, cuando regresó a Europa dejando a la burguesía barranquillera estremecida a causa del inconmensurable despelote cuyo origen, organización y animación se la había atribuido y por motivos que iban desde tendencias al libertinaje hasta una franca complicidad con el demonio de quien habría recibido la orden de sembrar el caos no solo a fin de conducir las almas a la perdición, sino también de desprestigiar a los miembros de la clase dirigente para mejor facilitar la penetración del materialismo ateo. (P. 170).

Servía también de advertencia a las otras, a las que osaban soñar con cualquier veleidad de emancipación y a las que sin atreverse a soñar cumplían dócilmente sus deberes ahuyentando en domésticos trajines la amargura. Pero a la larga serviría, sobre todo, de ejemplo: varias generaciones de niñas oirían referir la historia de Divina Arriaga encogidas de aprensión ante el escarmiento que merecía desafiar el orden de los hombres: haber nacido en la magnificencia, ser acogida por la ciudad como una diosa, dilapidar la herencia con jolgorios indebidos, y luego, esfumarse en medio de la reprobación general, abandonada de sus amigos y repudiada por su amante, Ricardo Montes de Trajuela, quién después de ganarle una noche tres casas al póker había ido a buscarla al día siguiente acompañado de testigos y notario exigiéndole el traspaso de las escrituras. (P. 170).

Era feliz. Tanto que resultaba innoble hablarle de los rumores propagados entre la gente del Prado, decirle que a su madre la trataban de prostituta y a ella de hija natural, cuándo no de extranjera venida a alborotar la plebe. Innoble, pensaba Lina, y tan cruel como cortarle las cuerdas vocales a un canario embriagado por

la armonía, pureza y resonancia de su canto, algo muy frágil y pequeño y ufanándose en la inconsciencia de alcanzar su maravillosa razón de ser. Aun conociendo la historia de Divina Arriaga y sus calamitosas relaciones con la ciudad, Lina no llegaba a explicarse tal resentimiento; no podía entonces sospechar la intolerable subversión que para cualquier sociedad representa una mujer libre frente a sí misma y a los demás, pero sobre todo, capaz de barrer con una mirada todo espejismo hasta dejar al rey desnudo y de ir todavía más allá, a la región donde el rey nunca había existido ni existiría jamás. (P. 195).

(...) Ya desde entonces hacía gala de su desprecio por los negros y en las reuniones sociales no perdía la menor ocasión de exponer sus argumentos contra los hijos de Cam afirmando que jamás habían creado una verdadera civilización o algo capaz de merecer tal nombre, y que con ningún descubrimiento científico, religión, moral o filosofía habían contribuido al progreso de la humanidad. Los cartageneros lo llamaban "farto" creyendo que su pretensión se disiparía al igual que los barros juveniles cuando pasara su adolescencia, porque en esa antigua ciudad de inquisidores y traficantes de esclavos se era mucho más discreto y la hipocresía culebreaba en barrocas sutilezas que los niños aprendían oyendo hablar atentamente a los mayores hasta descubrir en sus pliegues y repliegues los feroces matices de discriminación racial contenidos en el lenguaje corriente, con la misma perspicacia que aplicaban a distinguir a un mulato, no ya a través de signos tan evidentes como el tinte de la piel o la ondulación de los cabellos, sino por algo más atenuado –un cierto color violáceo en las encías, un tono oscuro alrededor de las uñas- desvelando así alguna historia de amor ocurrida cincuenta o cien años atrás, para regocijo de una sociedad sofocada bajo el peso de odios que tenían la edad de las murallas y donde cada quien se jactaba de saber de memoria la vida y las andanzas de sus ancestros desde que el primero de su estirpe, en coraza fulgurante y empenachado casco, desembarcó por dios y por el rey en la ciudad. (P. 216).

Él, el Manco, lo sabía; no le importaba, pues tal había sido su propósito al instalarse en aquella ciudad calcinada por el sol: había visto, sin embargo, a muchos extranjeros, alemanes, españoles, o italianos, formar guetos a fin de impedirles a sus hijos relacionarse con la gente de Barranquilla, creando clubes y colegios, obligándoles a practicar el idioma del país abandonado, y consiguiendo tan sólo precipitarlos en la clase media que los nivelaba a todos en una consternante mediocridad. (P. 358).



11

El poder del cielo y el poder de la tierra

No. Marvel no es religiosa. No. Marvel nos quiere mostrar el miedo debajo del mito y el mito que impone el miedo y convierte a las mujeres en pecadoras y a los pensadores en herejes.

Marvel nos expone un Dios que nos creó para condenarnos y luego liberarnos y ganarse los créditos por ello. Que ha exigido desde la inquisición la sumisión total o el fuego eterno.

Ella junta a Jesús el Cristo con Carlos Marx el ateo que solo cree en su religión materialista. Porque para ambos lo importante es creer en el mundo del más allá, que termina en un paraíso en el cielo o en la tierra. Ambos con sus ángeles y demonios, sus dioses y sus santos, sus límites y jerarquías.

Y para ambos el fanatismo es el camino.

Ignoraba entonces, y solo lo descubriría mucho tiempo después, el horrible tributo exigido por cualquier dogma, divinidad caníbal que comenzaba devorando el corazón de sus adeptos y terminaba extinguiendo en ellos toda actividad intelectual. (P. 316).

El mundo en el cual le había tocado hasta entonces vivir estaba marcado como ella por el maniqueísmo y, en los años cincuenta, dos ideologías se disputaban el monopolio de la verdad: la religión, fuese cual fuese, con su único Dios animado de tendencias homicidas hacia quienes pretendieran negarlo, reflejo del padre arbitrario exigiendo de sus hijos la más servil sumisión, refrenando en ellos la

sexualidad para cortar por lo sano cualquier veleidad de independencia; eso y un pensamiento materialista que había encontrado en el comunismo su mejor expresión, con otro patriarca barbudo a la cabeza, cuyas ideas, no siempre conformes a la realidad y deformadas hasta dar lugar a una nueva doctrina, creaban al ser llevadas a la práctica un clima de miedo y represión que, de memoria de hombre, sólo habían provocado los tribunales inquisitoriales de la Edad Media. Las dos ideologías convenían a Beatriz: ambas tenían necesidad de apoyarse en la familia si querían establecer en nombre de sus principios alguna forma de poder; una y otra tendían a eliminar ese factor de disturbio que representaba la pretendida libertad humana. Así de simple. ¿Y sus fundadores, los mesías, profetas, y revolucionarios que invocando el dios de sus ancestros o el credo materialista luchaban por una sociedad más justa? Humildes instrumentos al servicio de una ley de la cual nada sabían. Bastaba observar cómo se desmoronaban las esperanzas al contacto de la realidad, cómo morían las ilusiones cuando la utopía cedía el lugar al gobierno de las cosas. (P. 316).

"Yo mismo arrojaré de delante de ti al amorreo, y al cananeo, y al heteo, al fereceo también, y al heveo y al jebuseo...destruye sus altares, rompe sus estatuas y arrasa los bosques consagrados a sus ídolos". Así podía resumirse la incapacidad del hombre para aceptar la diferencia en los demás y la aversión que esa diferencia provocaba originando tantos conflictos, habría dicho probablemente tía Irene si Lina hubiese aludido a su tolerancia, transformada a fuerza de viajes en irreductible escepticismo ante cualquier ideología que pretendiera monopolizar la verdad. (P. 283).

Aunque hija de socialista, doña Giovanna había tenido una madre que supo inculcarle el respeto ancestral de los italianos por los símbolos religiosos, y la Virgen, ya fuese representación de una idea, objeto de culto de los iletrados o inspiración de los grandes maestros, constituía para ella una imagen ante la cual se conmovía involuntariamente su corazón. Así que encontrarse de pronto entre la polvareda de las calles y aquel perenne, material, irremediable calor

de Sabanalarga, una Virgen conducida en andas por borrachos a punto de caerse a cada movimiento, pintarrajeada, con un vestido descotado de raso carmesí y llevando a manera de banda cruzada en el pecho un letrero "Egalité de Jouissance", que había surgido quién sabe de dónde y que el pobre cura del pueblo tomaba por una piadosa invocación en latín, fue, le diría a Lina, más de lo que podía resistir, el punto final. (P. 80).



12

Madres y padres en su salsa

No es fácil deberle la vida a alguien. Tampoco ser responsable eternamente por otro. No se puede dejar de ser hija o madre porque asidos a la naturaleza puesta en marcha algo que comienza como atavismo puro se convierte en imperativo moral emocional.

Tal como el amor místico, o el deseoso, o el tormentoso, el amor filial no admite razones. Va para donde va y ni siquiera la muerte lo libera.

Ahora bien, de la emoción del amor filial a la manipulación no hay ni un paso. Las madres quieren vivir su otoño desde la primavera de las hijas. Los padres exigen la hombría de sus varones y cuidan la virginidad de las doncellas. El círculo vicioso de las frustraciones va de hijos a padres y viceversa.

Todo esto nos lo narra maravillosamente Marvel Moreno.

Justamente Javier había sido concebido poco después de la muerte de la suegra aborrecida, cuando Odile Kerouan dejó de sentirse inferior en aquella casa de Lille; el embarazo no se había presentado acompañado de malestares y el alumbramiento había durado muy poco, asociado menos al dolor que a una turbadora y hasta entonces desconocida sensación de voluptuosidad. Odile le decía a la esposa del Manco haber tenido miedo de que Gustavo Freisen rechazara aquel bebé de cabellos negros, pues no obstante su virtud, había salido encinta durante unas vacaciones en las cuales algunos miembros de la familia Kerouan estaban en su casa, entre otros, una prima casada con un pariente, por el que ella, Odile, sentía un gran interés. Y además de ser fornido, el pariente tenía los cabellos negros. Odile Kerouan parecía haber desplazado su deseo de aquel hombre sobre el espermatozoide del marido que la fecundó, contrariando de algún modo las leyes de la genética y de algún modo considerando al nuevo bebé como realmente suyo,

ajeno a su verdadero progenitor y diferente de los otros hijos formados en su matriz por deber o vanidad y expulsados entre sufrimientos atroces y hemorragias incontrolables. (P. 377).

Su decisión debía de estar asociada a la personalidad de Dora, aquella hija de sangre dudosa contaminada por siglos de desenfreno, por remotas lujurias de bailes y tambores y olores fuertes, que la negaba a ella –su pálida, ascética, desdibujada figura- y en la cual, sin embargo, ella se había proyectado apenas la vio cumplir nueve años y empezar a florecer, a abrirse como una planta capaz de resistir la violencia de cualquier intemperie porque tiene las raíces clavadas en lo más profundo de la tierra. Al principio intentó con horror sofocar, contener o destruir aquella cosa inaudita que Dora rezumaba por cada poro de su piel; al no lograrlo, pues a pesar de fajas y vendajes los senos de su hija se erguían y sus caderas se redondeaban y la cabellera que le crecía a borbotones rompía las cintas de trenzas y colas de caballo, trató fascinada de hacerla suya: como una enredadera se le trepó al cuerpo y quiso respirar con sus pulmones, mirar a través de sus ojos, latir al ritmo de su corazón: escudriñó su cerebro con la misma enervada obstinación con la que registraba las gavetas de su tocador y leía las páginas de sus libros y cuadernos: la obligó a pensar en voz alta, a contarle sus secretos, a rebelarle sus deseos: terminó por poseerla antes que ningún hombre, abriéndole a todo hombre el camino de su posesión. (P. 30).

Doña Giovanna se propuso extirpar a cualquier precio así le fuera en ello la vida, mejor dicho, aceptando que su vida se redujera a un solo combate contra la naturaleza de su hijo, día tras día, año tras año azotándolo, injuriándolo –por robar una fruta, insultar a un profesor, manosear a la sirvienta – hasta hacer de él lo más parecido a un italiano en Barranquilla. (P. 82).

Según la memoria de tía Eloísa, nadie había visto a doña Clotilde del Real tocar a su hijo, no ya cambiarle el pañal, darle un biberón, sacarlo de paseo: tocarlo simplemente. Un asco invencible le impedía acercar sus manos a aquella criatura viscosa y renegrida que una partera había sacado de su vientre después de cuarenta y ocho horas de dolor, y que pasaría los primeros tres meses de su vida llorando desesperadamente de día y de noche sin dejarla dormir hasta que al borde la locura le ordenó a su sirvienta llevársela a las dependencias del servicio, unas chozas de bareque, que eran utilizadas en otros tiempos para alojar a los esclavos. Cuan-

do el bebé se cansó de berrear, su sentido de las conveniencias la obligó a cederle en su casa la habitación más alejada de la suya, pero nunca pudo tocarlo. (P. 208).

Para que doña Clotilde del Real lo sintiera caracolear desde su ventana durante los siete meses que estuvo embarazada de Álvaro Espinosa sintiendo un líquido helado correrle entre las piernas, el cuerpo contraído buscando deshacerse de aquel feto que un extraño había hecho germinar en su vientre mientras yacía en una cama sin conocimiento, todavía en su blanco vestido de novia, muy pálida, como había caído al suelo cuando, rodeada de los invitados a la boda, bebiendo la primera copa de champaña, alguien entró precipitadamente anunciando la muerte de Cristian. (P. 211).

Ella habría contemplado horrorizada lo que ese marido hacía de sus hijos sin atreverse a protestar por miedo a despertar su cólera o a los humillantes comentarios de la suegra. Ninguna mujer, afirmaba el Manco, a menos de llevar el Freisen en la sangre o de estar acostumbrada a la barbarie, podía admitir que niños salidos de su vientre fueran transformados a ciencia y paciencia en criaturas crueles y egoístas a quienes el sufrimiento de los débiles producía placer. Y ella había debido callarse mientras Gustavo Freisen extirpaba sistemáticamente de sus hijos cualquier veleidad de compasión o de ternura para dejar el campo libre a las peores tendencias de la naturaleza humana. (P. 356).

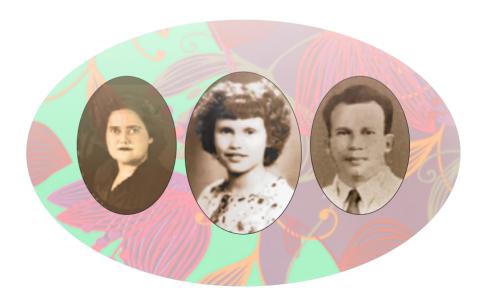
Doña Clotilde del Real había sido educada en el temor de Dios, es decir, en el pánico de un padre particularmente obtuso, cuyas opiniones reaccionarias escandalizaban hasta a los muy conservadores socios del Club Cartagena, que después de matar a su esposa a punta de embarazos tiranizó a sus quince hijos exigiéndoles una disciplina de hierro y la más servil obediencia a su voluntad: ninguno de ellos tenía derecho de tutearlo, mirarlo a los ojos, dirigirle la palabra, hablar en la mesa, discutir sus órdenes, salir a la calle sin su permiso, y la menor infracción era corregida salvajemente con la penca que para tal efecto colgaba de la pared de cada habitación de la casa. Ante tal opresión, los hijos fueron reaccionando conforme a su salud y temperamento: los más débiles sucumbieron sin alcanzar la adolescencia, que si de peste, resfrío, fiebres o tuberculosis; entre los sobrevivientes, dos huyeron de polizontes en un barco que partía a Jamaica y ni allí ni en ninguna parte se tuvo noticias de su suerte; uno se suicidó, un segundo se volvió alcohólico y un tercero pasó su juventud

en los burdeles hasta enfermarse y quedar ciego. No obstante don Cipriano del Real jamás puso en tela de juicio sus métodos pedagógicos, pues la gracia de Dios quiso que alguno de sus herederos tomara los hábitos terminando de obispo, y otro, el más parecido a él, se convirtió por un tiempo en jefe del Partido Conservador de Cartagena e incluso llegó a ser senador de la República. Tampoco sus hijas le dieron motivos de contrariedad, aun si las dos primeras escaparon de su despotismo detrás de las rejas de un claustro desbaratando su proyecto de casar a la mayor con Genaro Espinoza, el astuto comerciante que de administrador de sus bienes había pasado a ser su socio y, más tarde, su acreedor implacable, pero inclinado a la conciliación si se le ofrecían los medios de izarse hasta los círculos de la aristocracia cartagenera. (P. 209).

13

Retratos

Esta parte está compuesta de fragmentos de las entrevistas a sus amigas de Barranquilla: Annabelle Vergara, Norma de Falquez, María Teresa Polo, Margarita Angulo y Mariela McCausland de Brown. Igualmente, entrevistamos a Plinio Apuleyo Mendoza, su primer esposo, a Carla y Camila Mendoza Moreno, sus hijas, y a su amigo del alma Fabio Rodríguez.



Marvel en mi memoria

En palabras de Annabelle Vergara:

Leíamos las novelas exitosas y románticas de Corín Tellado o aquellas que contaban de árabes que se robaban a las princesas y nos parecían fantásticas. Después empezó una época que fue como religiosa porque íbamos a misa todos los días y comulgábamos. Por las tardes, después de que salíamos del colegio, casi todos los días llegaba la hora del paseo que era irnos en el carro a la Heladería Americana con su papá y su mamá y luego dábamos una vuelta por el centro de Barranquilla. Más tarde vino la época en que montábamos en bicicleta, cosa que le encantaba. Marvel tuvo mucho amor por los animales y en su casa siempre había perros y gatos.

Benjamín Moreno, su padre, era un hombre muy abierto muy sensato y sentía idolatría por su hija Marvel.

Ella hacía siempre lo que quería. Una cosa que me impresionó mucho a mí fue que en una ocasión nos invitaron a un cumpleaños de esos de trece o catorce años... Eran los años 50 y Marvel se presentó con shorts y los labios pintados sin importarle los comentarios y críticas.

Desde los siete años, para salir con ella, tenía que esperarla. Más tarde me tenía una hora, sin exagerar, para pintarse las cejas porque siempre fue una persona vanidosa, muy pendiente de su aspecto.

La relación de Marvel con su mamá era muy muy estrecha. Su madre fue una persona que se casó muy joven y prácticamente proyectaba lo que ella hubiera querido ser en su hija. A Marvel la traumatizó bastante ese control de su madre.

En palabras de Mariela McCausland de Brown:

La más misteriosa y la más enigmática tal vez era Marvel.

Marvel era fina, elegante, inteligente, exigente, con gran sentido del ser humano...Mucha gente no la supo valorar porque no entendían esa búsqueda

interior que la hizo ser lo que fue. A pesar de la fiesta y el derroche, se sentía muchas veces sola e incomprendida.

Ella era como un pájaro rojo, ese que tiene un pico divino, yo creo que se llama cardenal en español. Acá en mi patio yo siempre los veía y pensaba en ella, porque así era Marvel... no podía pasar desapercibida.

Siempre olía a algo puro, a lo que era, una persona profunda y sincera y al mismo tiempo muy sencilla, que era lo que la gente no reconocía en ella.

Inquietudes religiosas no... pero creo que entendió mi decisión de irme de monja. Creo que buscaba expresar lo que llevaba por dentro en lo escrito, pero no recuerdo haber tenido ninguna conversación sobre religión... no me cuestionó mi decisión de meterme de monja, pero sí me hubiera dicho que me tiñera el pelo.

Otra cosa que nos unió mucho fue la visita a la cárcel de mujeres cuando eso no se veía bien en la ciudad. Le gustaba compartir con las mujeres, hacerles preguntas y tratar de darles ánimo en esas condiciones en que se encontraban. Muchas veces hablábamos de lo que sentíamos por esas pobres y cómo podíamos hacerles la vida un poquito mejor.

Aparte de ser linda, alegre, dotada e inteligente, tenía un gran corazón. Mucha gente no lo reconocía y solamente la veían como la reina, la que sonreía. Después se fue a París y yo me fui al convento y pasaron tantos años que no nos volvimos a ver y jamás la olvidé y creo que ella a mí tampoco, porque a las tres [Marvel, Mariela y Annabelle] nos unía algo muy especial.

Yo sé que fue una gran alegría tener esas hijas que ella adoró.

Marvel tenía una curiosidad increíble por la vida. Nos sentábamos largas horas a charlar, éramos amigas de fiesta, de parranda y del alma. Ambas teníamos inquietudes que llevábamos en lo profundo del corazón. Ella no siempre expresaba lo que sentía y buscaba algo más profundo que las fiestas, los reinados, los amigos, la vestimenta... Teníamos una inquietud interna por algo más sublime tal vez, y confiábamos una en la otra en medio de la

alegría del ir y venir de la vida agitada. Ella buscaba algo más intelectual, más tangible y yo, en cambio, buscaba algo más espiritual que llenara mi ser.

En palabras de Norma de Falquez:

Ella era burlona y tenía sentido del humor.

Era auténtica, sobresaliente y brillante, una mezcla de todos los pájaros del mundo que quieren volar... porque se sentía oprimida y quería algo más avanzado. La recuerdo con la canción *Playa*, *brisa y mar*.

Íbamos a Puerto Colombia y sacaba su libretica y anotaba y leía todo y preguntaba y hacía comentarios. No fue una niña corriente porque no le importaban las muñecas o los juegos.

En palabras de Carla y Camila Mendoza, sus hijas:

Era una mujer muy linda, y de niñas cuando caminábamos por las calles, ella tenía un éxito increíble porque era alta, delgada y con su hermoso pelo largo atraía a los hombres que se volteaban a mirarla. Ella no buscaba seducir, pero tenía un gran encanto.

Nunca nos inculcó principios religiosos. Nos dijo, "ustedes van a escoger lo que quieran porque no les voy a imponer nunca nada." A lo mejor fue por la imposición de haber estado en un colegio de monjas, lo que tuvo un gran impacto en su vida por sus reglas estrictas de miedo, que ella nos dejó ser.

Ella nos hablaba mucho de su familia, de sus antepasados, de su abuela, de sus primas rubias y de ojos azules, y que a ella, por su pelo negro, le decían que iba a ser muy inteligente.

Nuestra abuela tenía un diario donde anotaba todo lo que nuestra madre hacía. Cuando comenzó a crecer, eso le parecía como una especie de invasión. Por ejemplo, cuando iba a una fiesta, la abuelita le pedía que le contara todo lo que había hecho y lo mismo ocurría cuando salía con sus amigas.

En palabras de Margarita Angulo:

A ella le gustaban los boleros de esos bien románticos, también el merecumbé... Era alegre y bailaba muy bien.

Ella entendía que nosotras no teníamos sus mismos intereses, como el de la lectura.

En palabras de Plinio Apuleyo Mendoza:

Como lo he escrito alguna vez, Marvel tuvo un sino muy especial, pleno de contrastes, de duros momentos y de atrevidas decisiones.

La primera en señalarle su búsqueda de un nuevo destino fue, según recuerdo, una bruja llena de gatos. Leyendo cartas de la baraja, le pronosticó que abandonaría Barranquilla para siempre y que atravesaría el océano para conocer la pobreza y la enfermedad en una ciudad extraña y muy grande.

En palabras de Fabio Rodríguez:

Conocí a Marvel en abril o mayo de 1969. Era joven, hermosísima como siempre fue... Bellísima, no solo físicamente... Su inteligencia, su sensibilidad han sido para mí los componentes más significativos desde que la conocí. Indudablemente, una mujer súper bella y, desde mi modesto punto de vista, la mejor escritora que ha tenido Colombia en sus cinco siglos de historia.

Y entonces Marvel me miró con esos ojos tan inmensos, tan bellos, y puso las manos como quien fuera a orar, pero no para orar sino porque ella tenía ese gesto de juntar las manos como hacen los curas cuando van a decir dominus vobiscum y todas esas tonterías. Sus manos con dedos afilados... Tenía dedos de pianista, largas, dedos largos con uñas perfectamente pintadas, arregladas. Era una mujer de una belleza deslumbrante...

Barranquilla tan lejos y tan cerca

En palabras de Fabio Rodríguez:

Barranquilla no es una realidad, Barranquilla es una invención.

En palabras de Annabelle Vergara:

Desde que amanecíamos estábamos en el Country Club. Las reuniones y toda la vida social eran allí, en un círculo muy clasista. Nosotras nos casábamos con un socio del club o no nos casábamos.

Nos encantaba el cine e íbamos con su padre a ver películas americanas y mexicanas, especialmente aquellas donde el actor era Arturo de Córdoba.

En palabras de Carla y Camila Mendoza:

Dejó Barranquilla porque probablemente era su modo de empezar su carrera y hacer lo que le gustaba, lo que quería. Posiblemente se dio cuenta de que si seguíamos en Barranquilla no podría. Además, estaba atraída por la vida cultural de París y Europa. Irse era la forma de tomar distancia para poder escribir sobre Barranquilla, porque ella siempre escribió sobre su país y sobre las mujeres como tema principal.

Recordaba haber sido la reina del carnaval como un momento muy divertido en su vida. Era increíble cómo bailaba, tenía mucho ritmo y le gustaba la música latina.

En palabras de Mariela McCausland de Brown:

La Marvel que yo recuerdo era profundamente fuerte y bien puesta y anhelaba cosas que no se le daban en el diario ir y venir de Barranquilla.

Ella amó a Barranquilla a su manera y aunque no volvió la llevó en su corazón... En su novela Barranquilla fue otro personaje.

Era una Barranquilla alegre donde nosotros teníamos un grupo que aún permanece. Me parece que éramos catorce o 16... De ese grupo, Marvel y dos amigas más han muerto... Ese grupo lo que perseguía era lo tangible, el goce diario de la fiesta o la parranda... los amigos. Pero no sé si Marvel veía a Barranquilla tal vez como un trampolín. Buscaba algo más y lo logró.

Para Marvel tal vez Barranquilla era lo fácil, la fiesta y la gente y pasó allí muchos años felices de su juventud. Pero lo de dentro muy poca gente lo sabía y siempre decían que Marvel era diferente. Ella llevaba algo por dentro que no era fácil de comunicar. Pero Marvel quiso a Barranquilla tanto como la quise yo.

Yo creo que Marvel hubiera podido escribir en Colombia y hubiera podido continuar en Barranquilla y tal vez hubiera encontrado las puertas abiertas para ella... Y tal vez hubiera sido más feliz...

En palabras de Margarita Angulo:

Barranquilla era deliciosa... nosotras teníamos una casa y jugábamos béisbol en el parque y venían las muchachas a jugar y más grandes nos reuníamos y nos presentábamos en sociedad. El 31 de diciembre era la locura. El 24 sí con la familia, y el 25 el baile en el Country. Barranquilla era una ciudad muy tranquila...

En palabras de Plinio Apuleyo Mendoza:

Ella, de su lado, decidió terminar su bachillerato en el colegio de la Universidad Libre para luego matricularse en la Universidad del Atlántico. Sus amigos y condiscípulos eran todos de izquierda. Marvel quería romper con el mundo social donde había vivido, apartarse de prejuicios sociales y religiosos y seguir el rumbo que marcaban las revueltas juveniles de los años 60.

Como lo conté alguna vez, ese golpe de Estado ocurrió de una manera sorpresiva. Hallándome en París, la llamé a Barranquilla para que se reuniera conmigo y pasáramos algunos días de vacaciones en aquella ciudad que ella no conocía. Marvel viajó a París, en efecto. Pero cuando íbamos en el au-

tobús que nos llevaba del aeropuerto a la ciudad, se volvió hacia mí para hacerme un anuncio completamente inesperado: "Tengo que decirte algo: a Barranquilla no vuelvo nunca. Allí no voy a escribir."

Ella quiso tener una distancia para poder escribir y tomó esa decisión de no volver. La mamá no entendió por qué se tuvo que ir de Barranquilla.

Y ella me dijo, "yo me llevo los libros de Virginia Woolf..."

En palabras de Annabelle Vergara:

Empezó a leer cuando tenía entre doce y trece años. Leía todo tipo de libros que había en la biblioteca de su padre. Se pasaba un día entero leyendo.

En palabras de Carla y Camila Mendoza:

Siempre tuvo muy claro lo que era. Sabía perfectamente lo que le gustaba que era la literatura, escribir, y eso lo definió desde muy pequeña. Yo creo que no le importaban los comentarios ni lo que la gente pensaba, porque eso era lo que era ella. "Yo soy así y me tienen que aceptar como soy y punto... Y me gusta mi pelo largo y mis jeans y no me importa lo que la gente piense."

Le encantaba su casa. Leía y escribía en su sillón, con su gato a su lado, llenando su cuaderno con una letra muy chiquita y muy bonita. Podía pasar un día escribiendo un párrafo pues era muy perfeccionista.

Leía mucho. Era una persona sumamente culta que se interesaba en la psicología, la sociología, la historia, la literatura... Leía un poco de todo, era muy intelectual.

Nunca sentimos que su oficio de escritora se interpusiera entre nosotras. Ella escribía cuando nosotras estábamos en el colegio y cuando regresábamos esta-

ba totalmente disponible y los fines de semana hacíamos cosas juntas como ir a cine, a la piscina, a montar a caballo. Al mismo tiempo era como una amiga y como se veía súper joven creían que era nuestra hermana mayor.

Le encantaba Simone de Beauvoir y podríamos decir que era feminista. Su causa eran las mujeres del mundo y le importaba principalmente el derecho a la igualdad.

En palabras de Mariela McCausland de Brown:

Con Annabelle Vergara fundamos la revista *Nosotras* en 1957 tratando de encontrarnos a nosotras mismas ya que queríamos algo más que lo que teníamos. Pasábamos horas discutiendo lo que queríamos que apareciera y para entonces ella ya era una persona a la que le gustaba escribir, además tenía una manera fácil de expresarse y siento que fue en esa revista donde dio sus primeros pasos como escritora. Nosotras queríamos algo más para la mujer. El dueño del periódico *El Nacional* era alguien amoroso y muy allegado a Marvel y a mí, y nos abrió las puertas y dijimos "vamos a fundar una revista" que ni me acuerdo cuanto duró. No tengo ninguna edición y no sé si fuera posible conseguir una.

En palabras de Norma de Falquez:

Marvel se sentaba en una hamaca y se ponía a escribir y no nos paraba bolas y mi esposo me decía "no es que ella se las tire de intelectual, sino que ella es así..."

En palabras de Plinio Apuleyo Mendoza:

Cuando la conocí en Barranquilla, en 1960, el secreto de su real vocación lo tenía muy bien guardado. Era vista en su ciudad como una muchacha bonita que un año atrás había sido reina del carnaval y que hasta entonces mataba las tardes de mucho calor jugando canasta con algunas amigas en el Country Club.

Tenía la misma devoción mía por autores como Faulkner y Virginia Woolf. Era devota de Sartre y de Simone de Beauvoir. En diciembre llegaban las brisas es un buen ejemplo del extraño destino que a veces tienen los libros. Cuando esta novela salió a la luz en España, en 1987, sus editores consideraron que con ella Marvel Moreno irrumpía de manera espectacular en la novelística de lengua española. Traducida al francés y al italiano, fue considerada uno de los grandes logros del "postboom latinoamericano". Ganó en Italia el célebre premio a la mejor novela extranjera.

Y ella me dijo, "yo me llevo los libros de Virginia Woolf."

Pasaba su tiempo leyendo y escribiendo, siempre muy pobre y con una salud muy frágil. A su lupus se sumó un grave enfisema pulmonar, que al final la mató mientras dormía.

En palabras de Fabio Rodríguez:

En un país que es católico, apostólico y gringo, como es Colombia; en un país que es racista, clasista y excluyente, pues una persona con el carisma y con las capacidades intelectuales, y no solo intelectuales, de Marvel Moreno, (...) indudablemente está condenada al ostracismo.

La primera versión de la novela fue publicada por Plaza y Janés... fue una novela mutilada por el editor, porque quitó el epílogo de Lina, que es posiblemente la página literaria más bella que haya escrito Marvel.

A partir de mi reencuentro con Marvel fui cómplice y editor de ella, no solo en Francia con Jacques Gilard, sino en Italia porque dirigí, coordiné y preparé la edición de En diciembre llegaban las brisas, de Algo tan feo en la vida de una Señora bien... Fui cómplice de Marvel hasta el momento de su muerte. N pude acompañarla en los últimos días de su vida porque, coincidencialmente, yo estaba hospitalizado también... Eso me impidió a mí estar cerca en los últimos quince o veinte días de su vida.

En los últimos tiempos de su vida resentía mucho –no era una resentida, digo resentía, es decir, le dolía mucho– que su obra no circulara en Colombia, que su obra fuese objeto de censuras arbitrarias por parte de los editores.

Marvel, que venía de una militancia profundamente marxista, profundamente consecuente con las teorías marxistas y las teorías freudianas que en ese momento empataban muy bien, a partir de grandes intelectuales como Simón de Beauvoir, como Albert Camus, como Jean Paul Sartre, como los existencialistas ateos franceses, pues indudablemente puso toda su capacidad al servicio de eso que yo llamo definir las poéticas. La más importante: en el momento, solo en el momento, en el que la mujer logre apropiarse definitivamente de su cuerpo y de su sexualidad, podrá liberarse en una sociedad patriarcal, es decir, a través del sexo, con el sexo y desde el sexo. Y este es uno de los puntos más importantes de toda su obra: objeto de risas, de chistes, de chanzas, de grandes discusiones.

Marvel tenía muy claro que su enfermedad inevitablemente la iba a llevar rápidamente a la muerte. Entonces imagínense ustedes la tragedia de una mujer que escribe contra el tiempo, que sabe que esa novela es su obra capital, porque de eso Marvel tenía una conciencia absoluta, total.

En diciembre llegaban las brisas entró a participar en el premio internacional Plaza y Janés y efectivamente el jurado había definido que iba a ser la ganadora del premio. El director editorial de Plaza y Janés intervino y dijo, "¡Qué aburrimiento los latinoamericanos, ya nos tienen hasta el cuello!" Y le dieron el premio a un mediocre escritor español que había escrito una novela pésima sobre la guerrilla colombiana.

Una mujer a la que le censuraron el cuento "Autocrítica" porque era un cuento en que ponía en tela de juicio el castrismo, la deformación del stalinismo castrista..., Siempre, y hasta el último momento de su vida, defendió la necesidad de una verdadera revolución, eso fue clarísimo en toda la vida de Marvel. Entonces en sus novelas y en sus cuentos se van descubriendo todas estas facetas, porque la escritura de Marvel yo la definía en ese momento, cuando escribió ese primer artículo, si no me equivoco, como una escritura polifónica... Ella tenía la capacidad de concentrar en los diferentes personajes femeninos y masculinos características, facetas que implicaban el acercamiento a la vida, el desarrollo de la vida, el conocimiento del mundo...

La vida de Marvel Moreno fue una vida absolutamente rica, pero una vida absolutamente dura, de sufrimiento, de pobreza, de soledad, de aislamiento, de dificultades materiales. Marvel no tenía cómo abrigarse en los inviernos de París, hasta que no entró en una gran tienda de las galerías Lafayette y se robó literalmente un abrigo porque se estaba muriendo de frío... Estaba enferma, muy enferma cuando le descubrieron el lupus...

Muchos episodios de los cuentos y de las novelas son autobiográficos. Episodios como el de la violación por un camillero son elementos autobiográficos que ella reelabora mediante la ficción... fue un episodio durísimo de su vida.

Paris

En palabras Annabelle Vergara:

No veía a Marvel como la clásica mujer casada, con sus dos niñas y su marido en Barranquilla. No la imaginaba asistiendo a las fiestas del Country o yendo al desfile del carnaval. Creo que en París encontró todo aquello que necesitaba para escribir.

Un gesto de ella que me impresionó es el siguiente: cuando estábamos en Deyá ella se trajo a una chica para que ayudara a su madre con las niñas. Se llamaba Celia y era una de las nietas de Tomasa, protagonista de uno de sus cuentos. Pues nunca trató a Celia como a su criada, sino que la presentaba como una amiga y la ayudó cuando estaba en París para que estudiara francés. Celia se casó con una persona de la clase media francesa y cuando ocurrió el accidente de Avianca donde murieron Marta Traba y otros escritores importantes, ella fue una de las sobrevivientes.

Marvel vino aquí quince días o veinte a despedirse de mí. Sabía que iba a morir... y sentada en este sillón tenía el cigarrillo en sus manos y fumaba y fumaba.

Ella aceptó que se tenía que morir. La última vez que vino a visitarme no estaba nerviosa ni deprimida por su enfermedad y su inevitable muerte, cosa que consideraba como un hecho muy natural.

En palabras de Plinio Apuleyo Mendoza:

Su decisión fue irrevocable. Quien me dio luces para comprenderla fue un siquiatra español residente en París que me recomendó Gabo. Luego de oírme, el siquiatra me recordó que uno siempre debe ser consecuente con la vocación y el destino que ha elegido.

Hoy podría decir que los tres años vividos en aquel pueblito medieval fueron los más felices de nuestra vida. Veíamos con frecuencia al escritor Robert Graves. Vivíamos muy pobremente, pero escribíamos: ella sus primeros cuentos y yo un primer libro, que se titularía *El desertor*. Estábamos en paz con nuestra conciencia.

Los pronósticos sombríos de la adivina de Siape llegarían a cumplirse. Allí Marvel encontraría, al lado de amigos célebres y de una vida más libre y un mundo intelectual que le fascinaba, enfermedad y pobreza. Solo se le olvidó a la bruja decirle que cumpliría también su destino de convertirse en una gran escritora.

Ahora, cuando vuelvo a París para visitar a mi hija mayor y a mis nietos franceses, pesan más los recuerdos sombríos que los recuerdos alegres. Sombríos, sí, como los que asocio a las mañanas heladas de invierno cuando subía con Marvel, que ardía en fiebres, hacia el Hospital Saint Louis. Tras largas esperas y exámenes, su mal desconocido resultó ser un lupus incurable. A este infortunio habría que agregar dos separaciones nuestras –la última definitiva– y depresiones que, por obra de su enfermedad y dudas sobre su capacidad de escribir lo que se había propuesto, ella intentaba sortear con somníferos. Tras una última crisis que la puso al borde de la muerte, suprimió los somníferos y empezó a escribir con una férrea disciplina.

En palabras de Carla y Camila Mendoza:

Ella encontró en Jack el amor de su vida, con él se casó por segunda vez y con él vivió hasta el final de sus días. Fue un buen esposo y vivieron juntos durante quince años.

Ella sabía que se iba a morir, pero no lo mencionaba. Hablábamos de cine, de literatura, de todo, y ella nunca comentaba su enfermedad a pesar de estar pasando días muy duros.

En palabras de Margarita Angulo:

Me encontré en París con la misma Marvel: tierna, y más preciosa, con el pelo largo y capul, y pasamos un día completo hablando... Me contó que la estaba pasando muy mal.

En palabras de Mariela McCausland de Brown:

En París encontró su mundo. Allí pudo darle rienda suelta a su imaginación.

En palabras de Fabio Rodríguez:

Y a ella un día se la llevó el viento y pues yo quedé muy mal porque Marvel fue mi cómplice. Y Marvel estaba pendiente de mí y yo pendiente de ella, de su enfermedad. Cuando a ella le diagnosticaron el lupus, Dios mío, sus tres o cuatro íntimos amigos queríamos morirnos porque el lupus es una enfermedad terrible.

Así era Marvel...



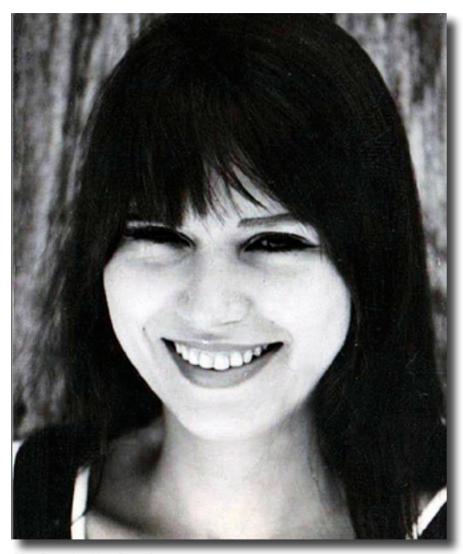
Con Annabelle Vergara en Mayorca. Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Fotografía cortesía de Carla y Camila Mendoza



Fotografía cortesía de Carla y Camila Mendoza



Fotografía cortesía de Miguel Falquez-Certain



En su primer matrimonio con Plinio Apuleyo Mendoza. Fotografía cortesía de Plinio Apuleyo Mendoza



Fotografía cortesía de Miguel Falquez-Certain



En su apartamento en París. Fotografía cortesía de Camila y Carla Mendoza.



En París con su segundo esposo Jacques Fourier. Fotografía cortesía de Fabio Rodríguez



En París con su amigo Fabio Rodríguez. Fotografía cortesía de Fabio Rodríguez



En Deyá, España, con una de sus hijas. Fotografía cortesía de Carla y Camila Mendoza.



Con amigas en el Country Club Barranquilla. Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Marvel y Annabelle Vergara. Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Abuela, madre e hija. Fotografía cortesía de Estudio Tepedino



Marvel y Annabelle Vergara. Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Con amigas en Barranquilla. Fotografía cortesía de Mariela McCausland de Brown



Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Con un grupo de amigos en Barranquilla. Fotografía cortesía de Mariela McCausland de Brown



Con amigas en el Country Club Barranquilla. Fotografía cortesía de Annabelle Vergara



Con periodistas en el Reinado del Periodismo. Fotografía cortesía de Mariela McCausland de Brown



Con periodistas en el Reinado del Periodismo. Fotografía cortesía de Mariela McCausland de Brown



Con un grupo de amigos en Barranquilla. Fotografía cortesía de Mariela McCausland de Brown



Marvel de nueve meses. Fotografía cortesía de Estudio Tepedino



Marvel de un año de edad. Fotografía cortesía de Estudio Tepedino

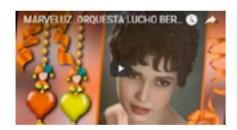
Su música...

Marvel y la música fueron dos amigas inseparables y por tal motivo muchos de sus textos nos conducen a la belleza y la profundidad de los divertimentos de Bela Bartok y a la magnifiscencia de Mozart. No sobra anotar que ella bailaba con las palabras.

Sus amigas y familiares también aseguran que le encantaba el merecumbé de Pacho Galán y el "Bésame mucho" de Lucho Gatica. Y para completar este acompañamiento musical, incluimos la canción Marve Luz que Lucho Bermúdez le hizo cuando fue reina del Carnaval

Marvel no coincidió ni con Shakira ni con Joe Arroyo, pero se nos ocurre que a ella le hubiera encantado la versión de "Te olvidé", himno del Carnaval, interpretada por estos dos barranquilleros.

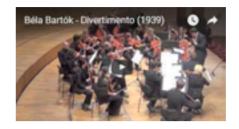
Aquí les dejamos esta música acompañada con la nostalgia de Marvel.











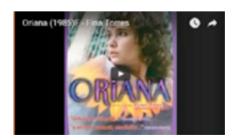






Marvel en el cine

En 1985, fina Torres, la directora de cine venezolana, asesorada por Marvel, llevó a la pantalla uno de sus cuentos llamado "Oriane, tía Oriane" con el nombre de "Oriana".



EN SEPTIEMBRE LLEGÓ MARVEL

En diciembre llegaban las brisas es una novela en la que Marvel Moreno pone a Barranquilla en una mesa de cirugía, le abre las entrañas y muestra sus heridas machistas, racistas y clasistas. También la retrata en su incoherencia de ser a la vez provinciana y cosmopolita, sembrada en un territorio que se encuentra muy abajo o muy arriba, al lado de un río que no se sabe si es mar.

Como en un ejercicio de papiroflexia, nosotras, las autoras, construimos un texto con fragmentos de la novela, que se puede leer en cualquier orden porque no tiene ni un comienzo ni un final. El texto resultante del ejercicio se puede abordar de a poco o, en medio de una pasión literaria, agotarlo todo, con la certidumbre de que nunca será suficiente y, entonces, empezaremos de nuevo, como ocurre con la novela

Las autoras